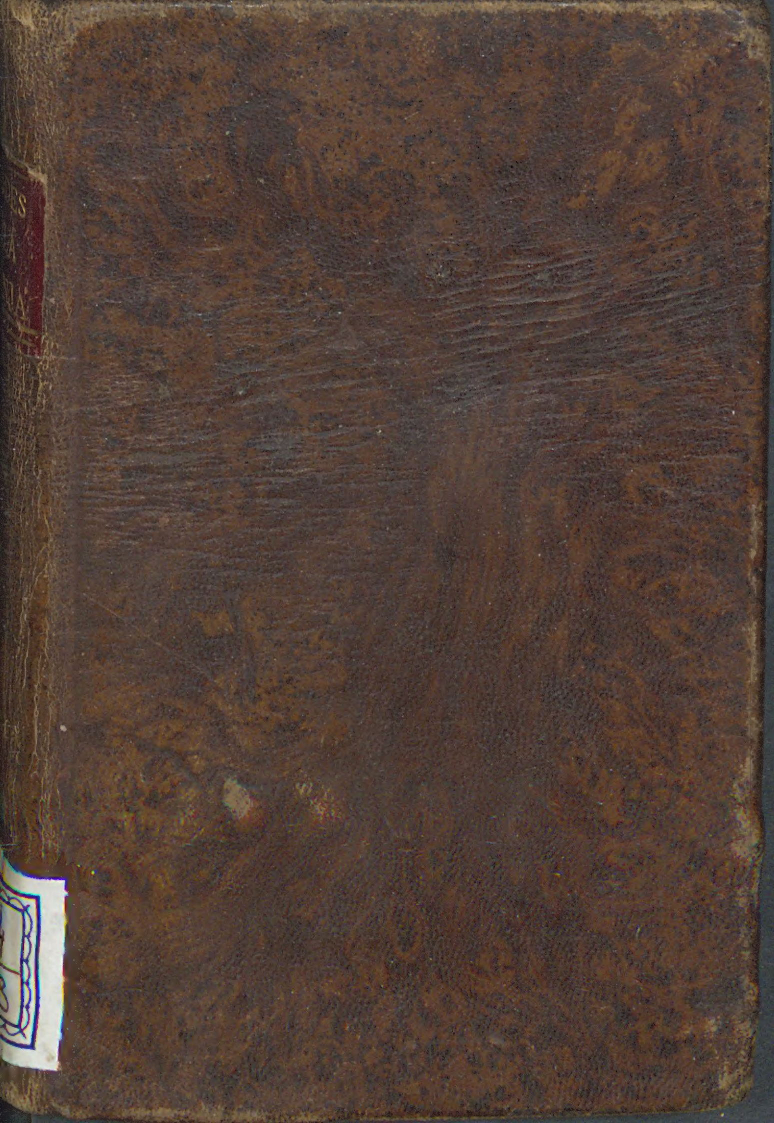
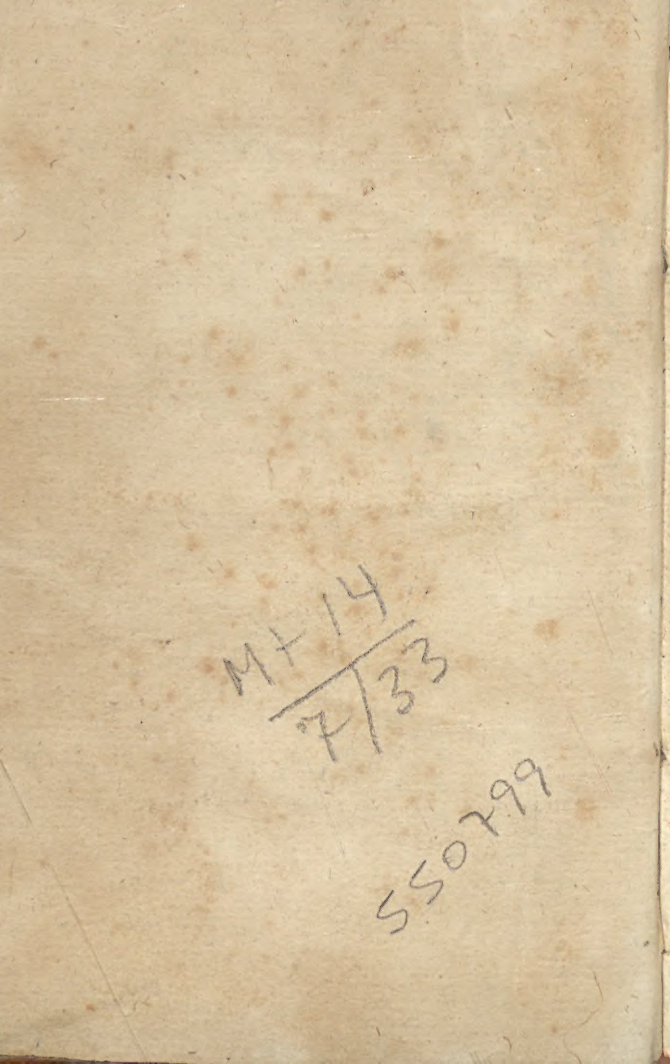







M+14
7/33
550799

LAS TARDES DE LA GRANJA, Ó LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO TERCERO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.

¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE TERCER TOMO.

LAS TARDES
DE LA GRANJA.

TARDE XVII.

El olvido de las injurias.

La mañana entera se pasó como la de la víspera. Adela, siempre encerrada en su quarto, no quiso ver á nadie; se lisongeaba de que su padre la preguntaria la causa de su disgusto. Palemon se mantuvo siempre silencioso; no gusta-

ba de que hubiese chismes entre sus hijos; los hermanos de Adela, que sabian todo lo ocurrido con Benito, no se atrevian á decírselo á su padre: y el dia fué muy triste hasta el momento en que el padre trató de volver al bosque. Entónces al placer del paseo, se unió el deseo de saber lo restante de la historia del carbonero; y los muchachos camináron saltando de alegría hasta el lugar destinado, donde hallaron al hermano de Cecilia, el qual prosiguió su narracion en estos términos.

Era media noche, hacia largo tiempo que el coche corria, y Ce-

cilia turbada no habia aun exâminado las personas que la acompañaban. No respondia á nada de quanto la hablaban: tal era el efecto de su inquietud, y acaso de su arrepentimiento. Su amiga, ménos culpada y mas resuelta hacia el gasto de la conversacion, porque Laura (que así se llamaba) gustaba de hablar mucho. Señora Condesa, decia á la vieja, yo he seguido á mi amiga; y sentiria infinito que me separasen de ella; una vez que se case, me quedaré por camarera suya, y no la dexaré hasta la muerte.

La vieja accedia á todo, mién-

tras que el falso Valvil se ocupaba en distraer á Cecilia, hablándola de sus amores, jurándodola una constancia eterna, y diciéndola: quando seamos esposos ¡ó Cecilia mia! ¡qué dicha! ¡qué gustoso me será entónces presentarte á mi padre y decirle: ved aquí la esposa que me ha elegido mi tia: ratifique la naturaleza los vínculos del amor. Mi padre consentirá en todo, ¿no es así, tia? — Sobrino mio, te aseguro que tu padre para mí es lo de ménos en este asunto. — Pero, Cecilia hermosa; oiga yo de vuestros labios siquiera una ex-

presion, que me asegure de vuestro amor; porque temo que mi temeridad haya excitado vuestro aborrecimiento.

Casi nada respondia Cecilia, pues desde que entró en el coche empezáron á agitarla mil presentimientos funestos. Veia, por decirlo así, un abismo abierto baxo de sus plantas; y se arrepentia de haber sido tan crédula. A mas de esto observaba que el sobrino y la tia se hablaban al oido, y de quando en quando prorrumpian en unos extremos de risa que no podian contener. Todo esto excitaba su inquietud, y á

no ser porque Laura la animaba, se hubiera deshecho en lágrimas. Así pasáron la noche, y les amaneció quando ya estaban á diez leguas de París. Entónces Cecilia, contemplando las dos figuras que la acompañaban, empezó á temblar. Vió á un jóven de no mala fisonomía, pero que anunciaba en ella la groseria tan propia de su verdadero estado; y á su lado una vieja horribilísima, muy pintado el rostro y lleno de lunares; sus vestidos sucios, antiguos y muy ordinarios; á esto se le agregaba un órgano de voz que pudiera hacer honor á un grana-

dero, tanto por lo recio y campanudo, como por lo licencioso de las expresiones.

Asustada Cecilia, contempló por largo espacio, y faltó muy poco para que, solicitando baxar del coche, intentase huir de su presencia. Hubiera querido comunicar sus temores á Laura; pero ésta, mas ligera y de ménos discernimiento, no hizo reparo alguno, en quanto á la fisonomía de los dos raptores; al contrario, lo aplaudia todo, é interiormente se lisongeaba de gozar en adelante una suerte feliz con personas de tan alta calidad. Cecilia perdió en-

teramente el uso de la voz, y solo exhalaba algunos ardientes suspiros, levantando los ojos al cielo como para preguntarle si queria castigarla por haber faltado al respeto de su padre, al suyo mismo, y á las obligaciones de su sexô. Tia y sobrino se desentendieron de que advertian su turbacion, y no cesáron de hablarse en secreto.

A la hora de desayunarse entraron en una posada, donde comenzó á descubrirse mas el carácter de los dos intrigantes. Nada quiso tomar Cecilia; pero la vieja golosa pidió vino, jamon, y

otras mil cosas; y Cecilia quedó atónita al ver que despues que entre tia y sobrino habian despachado tres botellas de vino, se bebieron muchísimo aguardiente que trastornó del todo su cerebro. Laura tomó chocolate solamente.

Póngase qualquiera en lugar de Cecilia, y considere las reflexîones que haria. Animados entrambos malvados de la fortaleza de los licores, empezáron á tratar de sus palacios y posesiones, y dixeron mil tonterías por representarse gentes de clase, y de fina educacion. Al cabo de un gran rato, el falso Valvil se dirigió á

la casa de postas para hacer mudar caballos, y entretanto la vieja se durmió profundamente. Cecilia aprovechó estos momentos de libertad para comunicar á Laura sus recelos, y la dixo: ¿Qué gentes son estas á quienes nos hemos entregado? ¡santo Dios! ¿pueden darse personas mas groseras y despreciables? — Yo, amiga mia, ha muy poco que lo he reparado; pero en efecto, su exterior, sus palabras y acciones se me hacen muy extrañas. — ¡Ay! ¡qué hemos hecho! ¡qué imprudencia la nuestra! ¿Es éste aquel Valvil tan tierno y sensible que me escribia cartas tan

llenas de amor y delicadeza? ¿Es este aquel amante tímido y sumiso que me encantó con la mágia de su estilo? No es sino un hombre horroroso y detestable á quien aborrezco mortalmente, y con quien me seria la vida insoportable; y esta vieja loca, que se dice su tia, es una de las mugeres mas comunes y despreciables; bebe hasta el extremo de embriagarse, jura, y aun he advertido que los dos se contenian por estar nosotras delante. No es posible, no, no puede ser que estas gentes sean bien nacidas. ¡Oh, amiga mia! ¿seré yo víctima de alguna intriga secreta, ó de alguna

traicion horrorosa quanto disfrazada? ¿Habré sido yo causa de tu perdicion y la mia? Sí; un espantoso vacío se presenta á mi temerosa imaginacion; no hay duda; estoy amenazada de alguna grande desgracia, y sumergida ya en ella á pesar mio... ¿qué digo? ¿á mi pesar?... yo, Laura, yo tengo la culpa de todo. ¿Qué he hecho? ¿yo me he entregado á un hombre á quien solo he visto una vez enmedio de las tinieblas de la noche? ¿Quién me ha salido garante de su clase, riqueza y probidad? ¿Quién me ha dicho que no me abandonaba á un peligroso seductor? ¡Ce-

cilia! ¡desventurada Cecilia! ¿qué es lo que has hecho? ¿qué partido es el que te resta? ¿quién te protegerá? ¡ó Dios mio! ¡ó Dios misericordioso!

A estas palabras, la infeliz ocultaba su rostro entre sus manos, inundadas con el torrente de lágrimas que vertia. En vano procuraba Laura consolarla, y ya se decidia á una violenta resolucion, quando vió entrar á su supuesto amante; pero ¡en qué estado! El amable Valvil habia vuelto á beber con los mozos de las caballerizas, y estaba embriagado hasta lo sumo. Miró á Cecilia, y á medias pa-

labras la dixo: ¿lloras, muchacha? ¿qué tienes? vaya que no será nada. Vamos tia, volvamos á tomar el coche.

No por eso la tia se despertó, hasta que sacudida violentamente por el fingido sobrino, se volvió hácia él diciéndole: ¿qué diablos quieres de mí, Picard? — ¡Picard! exclamó Cecilia. Al momento la vieja advirtió la indiscrecion que habia cometido, y volviendo á tomar el tono y lenguage de señora: dixo: perdona, sobrino; porque estaba soñando con un bribon de criado que tenia llamado Picard; ¿le conociste? le despedí, porque era

un borracho.— ¡Un borracho! Sed, madáma, mas moderada en vuestras expresiones.

La vieja reparó en el fatal estado de su compañero, y temblaba que cometiese alguna necedad; cortó la conversacion, y subieron todos al coche, donde á breve rato los dos impostores volvieron á entregarse á un sueño profundo. Segunda vez se halló Cecilia con libertad para hablar en voz baxa con su amiga; y aunque sin conocer á fondo el misterio, estaba enteramente desengañada respecto de Valvil y su tia. Además de esto nunca podria vivir con hombre tan

despreciable; y por tanto se resolvió á permanecer con ellos hasta el dia siguiente, y aprovechar entónces algun momento favorable para huir con Laura, la qual, tan asustada como Cecilia, consintió en todo.

Pasóse el dia sin que Valvil y su tia pidiesen de comer, ni aun les ocurriese el ofrecérselo á sus compañeras. Picard iba dormido; solo despertaba para pagar las postas, y al instante volvia á adormecerse. Por la noche se detuviéron en una posada, donde los dos impostores, ya porque hubiesen oido algunas palabras del proyecto

de Cecilia, ó porque temiesen que su conducta la diese que sospechar, resolvieron prevenirse de fiambres, y no detenerse en posadas hasta llegar á su *castillo*; pero nunca decian donde estaba situado este: de modo que Cecilia ignoraba adonde la conducian. Quando vió que la era imposible escapar de sus raptores, se enojó y preguntó seriamente, qué pensaban hacer de ella y de su amiga; pero la respuesta que la diéron fué una risa falsa, acompañada de algunas razones vagas y sin coherencia. Entónces Cecilia se dió por perdida; pero ¿qué recurso tenia? era preciso apelar

á la paciencia, esperar que llegásen á alguna ciudad para huir en ella de aquellos malvados, y ponerse baxo la proteccion del magistrado. Este proyecto formó Cecilia; pero la ojeriza del destino la impidió la execucion.

Despues de haber viajado ocho dias sin detenerse, Picard, que de quando en quando gastaba algunas atenciones con Cecilia, y siempre persistia en persuadirla á que era Valvil, por mas que conocia que ella no daba crédito, propuso á la supuesta tia que se detuvieran en una hostería situada á la entrada de un cortijo, diciénd-

dola: señora Condesa, un quarto de legua solo es el que nos falta para llegar al castillo; pero es muy tarde: la noche está muy obscura, y el camino expuestísimo. Pasemos aquí la noche, y despidamos al postillon: pues mañana, entrado ya el dia, iremos paseándonos, porque á la verdad, está uno cansadísimo de pasar tantos dias empotrado en un coche.

Consintió la tia, y Cecilia quedó muy contenta, porque al dia siguiente esperaba poner en execucion su pensamiento. Entráron todos en esta mala posada; cenáron y pidieron quartos para dor-

mir. Por casualidad habia cinco á seis desocupados, y tenian donde elegir. Contra lo que habian acostumbrado, Picard y la vieja dispusiéron que Laura no durmiese aquella noche en compañía de Cecilia: desde luego se asustó ésta de tan inesperada resolucion; pero era preciso callar ó romper, y este último partido era muy expuesto con semejantes malvados. Cecilia, llorando, abrazó á su amiga, y se retiró á su quarto resuelta á no dormir, y buscar á Laura luego que amaneciese.

Apénas se habia acostado y entregado á las mas tristes reflexîo-

nes, quando oyó abrir con el posible silencio la puerta de su quarto. Sobrecogida de espanto, apénas se atrevió á preguntar quien venia á interrumpir su sueño. Nadie la respondió; pero sintió que se acercaban á su lecho. Para comprehender este suceso es de suponer, que el abominable Picard, dispuesto á abandonar á Cecilia, queria echar el último sello á la maldad, haciendo á la desdichada jóven víctima de sus torpes deseos, discurriendo consigo mismo de esta manera: ella es hermana de mi amo; pero pues la trata de este modo, la iguala conmigo, y al cabo

luego ha de verse abandonada, y careciendo de asilo, no puede tener otro recurso que el del libertinage.

Tal era el sistema que este monstruo se habia formado. ¡Ay de mí! ¡y yo era la primera causa de tan exêcrables designios! Acercándose pues el malvado Picard adonde se hallaba la triste Cecilia, ésta, presumiendo quien era, armándose repentinamente de valor, exclamó. — No te acerques, miserable, ó te daré muerte. — ¡Bravo! ¿y con qué armas? — Con esta pistola que he ocultado de tu vista, y de que me valdré para defen-

derme de ti y de tus semejantes; y así sal de aquí al momento, ó si no te abraso las entrañas.

Reynaba en la estancia la obscuridad mas profunda; y Picard, que no distinguia los objetos, tan cobarde como malvado, no se atrevió á proseguir en su intento, y la dixo: sí, ya me voy; pero tiembla, pues tocas en la mayor desgracia; pronto sabrás que una jóven no debe dexarse robar por unas gentes á quienes no conoce; y sabe por fin, que yo no me llamo Valvil, sino Picard; y que mi supuesta tia es una muger de mala vida que está de con-

cierto conmigo para perderte.

Pronunció el malvado estas palabras detras de la puerta ; la cerró por fuera, y se llevó la llave. Ya quedaron desvanecidas todas las dudas de Cecilia. En tanto que la infeliz se anegaba en su propio llanto, oyó salir un coche, y conoció que eran sus viles raptores, que huian dexándola abandonada. ¿ Qué hará ? Se vistió, abrió las ventanas, gritó pidiendo socorro, y sus melancólicas voces llegaron á los oidos de la sensible Laura que se acercó á la puerta. Apénas la conoció Cecilia, la dixo: ¡ O amiga mia ! despierta á todos... los mal-

vados huyen, y me han dicho... me han dicho... mas no tardes; despierta á todos, despierta á todo el mundo.

Asustada Laura recorrió toda la casa; dió mil voces, y al cabo de un largo rato la respondió el posadero; pero Laura turbada no sabia que decirle. Al fin, del modo posible, le dió á entender lo sucedido, á lo que aquel contestó, que los negocios de los viajantes no eran de su cargo; y dicho esto volvió á su quarto, y Laura á la puerta del de su buena amiga para llorar con ella. Cecilia la contó todo, y ambas pa-

saron la noche formando mil proyectos que la reflexîon destruia al instante. En fin, amaneció, y se levantáron todos; pero nadie encontraba la llave del quarto de Cecilia, de la qual se habia apoderado Picard con todo cuidado la tarde antecedente, y se la habia llevado, como ántes he dicho. Un postillon bien pagado por los dos traidores, les habia traido caballos á media noche, los que habian añadido á los del coche, para huir con mas velocidad; diciendo al partir á las gentes de la posada, que les era forzoso hacer una diligencia, y que concluida, volverian

por las dos damas que quedaban en la posada.

En tanto que, abierto á fuerza el quarto Cecilia, ésta y Laura se abandonaban á todo el exceso de su pesar, repararon en una carta que estaba en el suelo; Cecilia la recogió, y leyó estas cláusulas que la llenaron de horror.

"¡Muy bien Picard! me dices en „tu última, escrita en Franville, „que todo ha salido perfectamente; „mi hermana, mi crédula hermana, „te sigue, y siempre cree que eres „el bello Valvil. Me rio siempre „que pienso en la idea que me ocur„rió de enamorar á mi hermana ba-

„xo un nombre supuesto, entre-
„gártela despues, y alexarla para
„siempre de mi padre. Miéntras tu
„caminas yo he hecho aquí mara-
„villas: pues mi padre en su testa-
„mento desheredó á Cecilia, y me
„dexa por su único heredero. Dis-
„curre como sabré premiar los im-
„portantes servicios de tan fiel cria-
„do. Completa la obra, y abandona
„á esa simple todo lo mas léjos que
„sea posible. Sin dinero, sin recurso
„y cubierta de oprobio, jamás se
„atreverá á presentarse aquí; y en-
„tretanto el buen viejo morirá, por-
„que ya está muy decaido. Sin em-
„bargo, te confieso que me será

„sensible su pérdida por el gran-
„de amor que me tiene. Que-
„ma esta carta, que regularmen-
„te recibirás en Marsella; y so-
„bre todo vuelve quanto ántes,
„porque yo he supuesto aquí, que
„habias ido á pasar quince dias
„en tu tierra. Animo, Picard, y
„saldremos con todo quanto hemos
„imaginado."

No iba firmada esta carta; pero estaba bien claro que era mia. Picard no la quemó, como se lo prevenia; y sin duda se le habia caido del bolsillo al entrar á obscuras en el quarto de Cecilia, la qual la leyó mil veces, y apénas po-

dia dar crédito á sus ojos, no cabiendo en su imaginacion traicion tan horrible de parte de un hermano. Por fin agradeció al cielo que la hubiese proporcionado un testimonio incontestable de mi perfidia; pues á lo ménos, podia en cierto modo, justificarse para con un padre engañado. ¡Ah! ¡quánto siento no poder estar entre sus brazos, y bañar sus plantas con lágrimas de arrepentimiento!

Todavía estaban Cecilia y Laura entretenidas con esta novedad, quando entró en la posada un viajante, de unos cincuenta años, poco mas ó ménos, comerciante muy

rico, que caminaba á París á varias diligencias de su comercio. Le informaron del caso, y del abandono en que se hallaban dos personas tan apreciables al parecer. Este hombre sensible quiso verlas, porque no malograba ocasion de exercer la beneficencia: y si las jóvenes de quienes le hablaban lo mereciesen, haria quanto fuese posible por aliviarlas. Subió al instante al quarto de Cecilia, á quien dixo: señorita, perdonad si me presento sin mas preparacion; soy un hombre que deseo servir á mis semejantes; no temais el declararos conmigo; acabo de saber una

parte de vuestros sucesos; ¿son ciertos? ¿es posible que?.. — ¡Ah, señor! casi nada sabeis de mis desgracias, exclamó Cecilia, deshecha en lágrimas y como violentada de un impulso de confianza que la inspiraba el aspecto venerable de aquel hombre. — ¿Pues cómo? — Yo me veo abandonada, perdida, arruinada, vendida, y tal vez cubierta de la maldicion de mi padre. — ¿Y sin merecerlo? — No señor; soy muy digna de mi suerte, y este es el mayor de mis tormentos. — Hablad; no puedo persuadirme á que sea tan criminal una criatura tan amable; si sois ino-

cente, en mí hallareis un protector, un amigo, un padre resuelto á hacer todo lo posible para que recobreis vuestra tranquilidad.

Animada Cecilia de un oculto presentimiento, informó de todo al incógnito, y aun le enseñó la carta de su hermano. Mr. Ledoux (que así se llamaba el extrangero) se estremeció al leerla, y dixo á Cecilia: decidme vuestro nombre, ó á lo ménos el apellido de vuestro padre. — *Lagrange.* — ¿*Lagrange*? ¡cielos! ¿sois hija del comerciante *Lagrange*? — ¿Le conoceis? — Precisamente tengo que tratar con él en París; y así venid,

señorita, que yo quiero presentaros á ese padre engañado; y que al mismo tiempo vuestro indigno hermano sea castigado; lo contrario seria agravio de las costumbres y de la humanidad.

Añadió Mr. Ledoux otras muchas razones para determinar á Cecilia á seguirle; consintió ésta, aunque no sin algun recelo de volver á ser engañada. Mr. Ledoux pagó los gastos de la posada, pues Picard y su compañera habian adelantado su inhumanidad hasta el extremo de dexar á cargo de aquellas infelices, que nada tenian, el coste del alvergue.

Salieron pues Laura y Cecilia en un coche, y caminaban hácia París. Dexémoslas caminar, y volvamos á mis sucesos.

Yo sabia todo el resultado de mi empresa, y veia gustoso que mi padre se iba restableciendo por puntos; habia ya dispuesto en mi favor de todos sus bienes, y esto era todo lo que apetecia. Un dia, que habia yo empleado en divertirme, volví á casa por la noche, y fuí á abrazar á mi padre, el qual se inmutó de verme, y le dixe. — ¿Qué teneis, padre mio? — ¿No tienes noticia alguna de mi hija? — ¿De... mi hermana? — Si;

¿no sabeis adonde la ha conducido su indigno raptor? — Pero, señor, ¿por qué me haceis tal pregunta? — Responde. — Ese ayre... ese aspecto... nunca os he visto de esta suerte. — Es que siempre te he mirado de otra manera. — ¿Qué es lo que oigo? — Tu criado ¿ha ido á su tierra á pasar quince ó veinte dias? — Eso... él se lo sabe. Y yo tambien, porque él me lo ha confiado. — ¿Confiado? — Sí; todo me lo ha dicho. Hijo indigno, oprobio de la naturaleza, me constan todos tus crímenes, y pronto conocerás el rigor de mi venganza. ¡Cielos!.. se-

ñor, sin duda que me han calumniado... — ¡Calumniado! ¡ó monstruo! desmiente, si puedes al cómplice de tus maldades.

A estas palabras veo entrar á Picard pálido, el qual me dixo: señor, yo lo he confesado todo, pues vuestro padre nada ignoraba; de modo que me he visto precisado á confesar todo lo acaecido.

No me abatió este contratiempo, y esforzando la audacia, dixe á mi padre: ya veo que todo esto es artificio para malquistarme con vos; este pícaro habrá sido pagado por mi hermana, ó por

su amante para contaros mil embustes, que al parecer, habeis creido fácilmente. — ¡Ah, malvado! replicó furioso mi padre, ¿todavía te atreves á injuriar á tu hermana, siendo tú el orígen de todas sus desgracias?... Pero quiero totalmente confundirte; sal, hija mia, ven á convencer á este malvado de todos los males que te ha hecho padecer.

Abrióse una puerta, y por ella entró un hombre de edad madura, trayendo entre sus brazos á mi hermana casi desmayada. Ved aquí, exclamó aquel hombre, ved aquí la tierna víctima de la traicion mas



Tus agravios nunca escribas
En láminas de diamante:
Olvidalos al instante
Por grandes que los recibas:
Ni la venganza apercibas
Que te provoca el dolor.
Porque el legítimo honor
Dice que el mayor castigo,
Que darás á tu enemigo,
Será el hacerle un favor.

Alex.^r Blanco la g.^o

exêcrable. Confieso que entónces me abandonó toda mi audacia, y no hice mas que arrimarme á una vidriera, y cubrir mi rostro con mis manos. Entre tanto, la generosa Cecilia, postrada á los pies de mi padre, le decia: perdonad, señor, á un insensato que no previó las conseqüencias de su crímen; y pues he tenido la dicha de recobrar vuestro amor, sea uno de sus primeros efectos el perdon de mi hermano. Mi padre no la respondió; prorrumpió en mil imprecaciones contra mí, y mandó que permaneciese cerrado en mi quarto. Yo le habia oido pronunciar las expresio-

nes de venganza, correccion y órden del ministro para encarcelarme; y aunque estaba agoviado del repentino golpe que acababa de experimentar, extendí mis ideas á lo futuro, y solo encontraba horrores que padecer, por lo qual resolví huir á toda costa de casa de mi padre. Pude con cierto artificio salir al texado de un vecino, y de allí pasar á otras casas, y en fin logré verme en la calle. Al instante salí de la ciudad, y me sorprehendió el dia quando ya estaba muy léjos de la casa paterna, adonde nunca debia volver.

Abreviaré pues mi relacion para

deciros que mi padre hizo otro testamento en favor de mi hermana, la casó despues con el hijo de uno de sus amigos, y murió entre sus brazos, miéntras que yo vagaba por el mundo aplicándome á varios oficios, para los quales me hacian inútil los defectos de mi educacion, y las pocas luces que habia adquirido. Quise, pasado algun tiempo, volver á ver á mi hermana, la qual no solo me recibió cordialmente, sino que con sus beneficios me manifestó que en su generoso corazon no cabia el recuerdo de los agravios. Mas yo no pude tolerar mucho tiempo la presencia de una muger

apreciable, á quien mi infamia habia hecho tan desgraciada. Por otra parte, su marido no me miraba con agrado; y corregido á fuerza de años y desventuras, no sabiendo donde ocultar mi remordimiento, vine á sepultarme entre estos bosques, donde me dediqué á este penoso oficio; pero sus fatigas y trabajos son todavía demasiado dulces para un monstruo á quien toda la naturaleza debia arrojar de su seno.

Profunda impresion hizo la historia de Lagrange en los corazones de los hijos de Palemon, particularmente en Benito y Adela, que se

miraron al soslayo, y parecieron aterrados del severo y largo castigo, que este hermano desnaturalizado padecia. Advirtió Palemon su conmocion, y dixo de este modo á Lagrange.

No en vano habré oido vuestros sucesos, pues sacaré de ellos importantes lecciones de prudencia y teson. Veo que la raiz del ódio que puede mediar entre hermanos, se debe destruir desde su mas tierna infancia; yo sabré impedir que en mi familia sucedan desgracias tan grandes como las que acabais de referir; y desde luego os suplico que me hagais un favor. Uno de

mis hijos, de carácter violento, indócil y envidioso, se atrevió ántes de ayer á hacer pedazos un dibujo que acababa de hacer su hermana, y le faltó poco para golpearla; detesto estos excesos de mal humor, y todo hijo mio que se dexe dominar de ellos, será desterrado de mi seno. Así es que os suplico me hagais el gusto de tener en vuestra compañía á este caballerito, y hacerle trabajar en vuestro oficio, hasta tanto que se le refresque la cabeza.— Padre, exclaman todos los hermanos de Benito... — No, hijos mios; no hay remedio; Benito será carbonero; está decidido.

Adela, conmovida sin duda del exemplo de Cecilia, se arrojó á los pies de su padre intercediendo por su hermano; pero Palemon la respondió: nada alcanzarás; ántes bien te tengo preparado un castigo que has merecido por tu obstinacion y exceso de amor propio. Adela se retiró confundida; Armando, Julio y Leon estaban penetrados de dolor, y solo Benito afectaba un ayre de resolucion y desenfado, exclamando con despecho: al cabo esto no es deshonra alguna. — Ola, caballero, repuso el padre, ¿con qué lo tomais sobre este tono? pues bien,

estareis aquí ocho dias, que es doble tiempo del que yo habia pensado. — Y si os parece poco, estaré quince. Muy bien; señor Lagrange, que trabaje quanto pueda; y pues parece que lo desea, aprovechaos de tan bellas disposiciones.

Lagrange, que sabia lo que habia de hacer, le prometió servirle. Benito abrazó á sus hermanos, y aun á su hermana, cuyo proceder le habia conmovido; y se le asomáron las lágrimas. Palemon le lanzó una mirada severa; y volvió á su casa, acompañado de los demas, que no se atrevian

á hablarle, viéndole tan serio; pero él les habló de mil cosas indiferentes con la mayor bondad. Fácil es de adivinar que por la noche la conversacion de los hermanos solo tuvo á Benito por objeto. Su castigo quanto mas inopinado tanto mas les sorprehendió; pero tampoco habian creido que él se hubiese adelantado tanto como se adelantó en manifestar aquella especie de desprecio de su castigo: pues esto, en cierto modo, era insultar á su padre, de cuyo enojo temblaban, conociendo la entereza de sus resoluciones; y así se propusiéron complacerle

en quanto conociesen era su gusto, y no provocar jamás su severidad para no incurrir en la pena del nuevo carbonero.

TARDE XVIII.

LA INTRIGA.

Plan de comedia.

La mañana siguiente se pasó con mucha tristeza; y Palemon para aumentar el terror de sus hijos, mandó á Adela que estuviese tres dias sin salir de su quarto, castigándola así por haber excitado la envidia de su hermano Benito, irritándole y altercando con él, en vez de procurar reducirle á la razon con la dulzura y condescendençia que

son el distintivo mas precioso del sexô. La culpa de estos dos muchachos hizo un poco monotona la tarde de este dia; y así Palemon para divertir á los tres oyentes que le restaban, resolvió leer una historia en aquel libro grande donde habian leido la de los dos estudiantes: y encargándose él mismo de elegirla y leerla, dixo: yo, hijos mios, ví que os reiais quando Lagrange, en su narracion, os pintó al bribon de su criado Picard vestido de caballero; y á la infame vieja de señora ridícula; y esto me recuerda haber leido en este libro un suceso que tiene alguna similitud con aquel;

pero que en mi concepto es mucho mas gracioso. Creo que os divertirá mucho, y por eso os le voy á leer; esperad que hojeando... me parece que ha de estar hácia el fin.... en efecto, aquí está: atended; y tú, Leon, que haces versos, y eres el poeta de la casa, podrás, si quieres, formar de este agradable cuento una comedia, ó alguna otra composicion que mejor te parezca. Los tres muchachos prestaron la mayor atencion á su padre, y este comenzó así:

Los embusteros de Milan.

¿Qué es la intriga? un medio

ilegítimo para llegar al favor ó á la fortuna ; un resorte de la malicia ; una especie de efugio del crímen , que ordinariamente emplean los hombres que tienen mas ambicion y atrevimiento. Un intrigante diestro no es necio ni perezoso , pues para llegar á su objeto experimenta mas fatigas , inquietudes y trabajos que si se valiese de los medios honestos de la virtud , industria y probidad. Es pues el amor á la intriga en algunos una especie de placer , y aun de pasion : pues por mas que les presentaseis mil recursos , mil caminos rectos para obtener el cré-

dito ó fortuna que desean, pronto les verias volver á seguir su primer plan de vida, y entregarse de nuevo á intrigar, á fuerza de la costumbre, y del germen del vicio que llevan en sus corrompidos corazones. Esto me recuerda un suceso que acaeció no ha mucho en Milan; y para mayor instruccion de mis lectores, voy á referir el orígen y educacion de uno de mis héroes.

Lázaro, hijo de unas gentes muy pobres, manifestó anticipadamente la inclinacion que le arrastraba á ser intrigante. De diez y seis años se escapó de su casa ro-

bando á su anciano padre una corta cantidad de dinero, fruto escaso de sus penosas tareas. Era gallardo y de agradable rostro; tenia ingenio y cierta facilidad en hablar, con la qual suplia la falta de educacion y doctrina. Se fué á Roma, donde á la puerta de una fonda muy concurrida, se ofrecia á servir á quantos viajantes entraban ó salian. Su juventud, su ayre fino y desembarazado, agradó mucho á un jóven frances, que viajaba por puro entretenimiento. Belmont (que así se llamaba el viajante) sondeó á Lázaro, y luego descubrió en él las disposicio-

nes y luces que un amo libertino busca en sus criados. Acomodóse pues Lázaro con Belmont; viajaba con él, y le servia con la mayor destreza en todos sus negocios de amores y juego. El amo, embelesado de haber adquirido tan buen criado, le recompensaba con liberalidad, y aun le interesaba en todas las utilidades resultantes del juego ó de la intriga. Hallándose en Venecia, oyó Belmont hablar de la hija de un rico particular, que debia llevar en dote quatrocientas mil libras; y se enamoró de ella, ó por decir mejor, de su dote. Confió á Lázaro

el proyecto que tenia de introducirse en casa de la señorita, y le añadió: tú tienes inventiva; si logras que yo me case con esta jóven, te daré cincuenta mil libras, y te irás á gastarlas adonde quieras.

Esta promesa despertó la ambicion de Lázaro, quien prometió á su amo hacerle esposo de la jóven Veneciana. Al momento fingió executorias de nobleza, cartas de familia, y derechos irrevocables á sucesiones quantiosas; de modo que representaba á Belmont, como un caballero muy rico que viajaba para instruirse. Extendió la ficcion hasta suponer que

el padre de Belmont aprobaba con toda su voluntad el casamiento, para lo qual le enviaba una letra de cambio de una gran cantidad, librada contra el comerciante mas opulento de Venecia, y cobrable al instante que se firmasen las capitulaciones. En fin todo se dispuso tan bien, que padre é hija cayeron en el lazo que se les habia tendido. Belmont se casó con la jóven que apetecia; cobró el dote; entregó al pícaro criado la cantidad prometida, y huyó con el dinero restante, abandonando á su muger, la qual tarde ó temprano debia descubrir la traicion de que habia sido víctima

por su necia credulidad, y la de su padre. Belmont y Lázaro temieron ser presos si huyesen juntos, y así convinierón en separarse para reunirse á cierto tiempo en París. Dexemos al malvado Belmont, y sigamos á nuestro Lázaro, que nos ofrecerá escenas muy cómicas.

El bribon apénas se vió poseedor de cincuenta mil libras, quando se puso á proyectar. Bien hubiera podido emplear este dinero, y vivir tranquilo y sosegado, si un malvado puede estarlo; pero resolvió arriesgar su tesoro para aumentarle. En una palabra, no se hallaba sin intrigar, y se entregó nuevamente

al movimiento de trepidacion que le arrastraba. Así como he logrado, decia, que un miserable como mi amo, que nada tenia, se haya casado con una muger poderosa; yo con cincuenta mil libras; ¿no he de hallar igual partido? Vamos, Lázaro, ahora es preciso desplegar todos los resortes de tu genio, esta es la ocasion de emplear todo tu discurso. Volemos á la fortuna, que no protege sino á los que ya ha empezado á favorecer. ...

Dixo, y al momento concibió en su imaginacion el proyecto mas vasto que cupo en cabeza de intrigante; y para ponerle en práctica salió

aquel mismo dia de Venecia. Despues de haber caminado de noche, y por sendas extraviadas, llegó á Milan, y allí mudó enteramente de tono, de vestidos y de lenguage. Ya no era Lázaro, sino el Duque de Eperville, jóven, señor frances, que tomando una magnífica casa, criados, y en fin todo el tren de un hombre de la mas alta extraccion, recibió artistas, literatos, y algunos periodistas que al otro dia insertáron en sus papeles el artículo siguiente.

"Ha llegado aquí un gran señor ,,frances, que parece hallarse sumergido en la mas profunda melanco-

„lía. Dícese que abandonado de
„una muger que amaba, busca fue-
„ra de su patria una dama de ca-
„lidad sensible y dulce, que pue-
„da reparar con los vínculos de
„himeneo los males que le ha cau-
„sado el amor.“ A esto se seguian
las señas del *señor frances*, con
algunas reflexîones de los perio-
distas, que cargan ordinariamente
sus papéles de inepcias y sueños.

Vió Lázaro en los diarios es-
te artículo, le halló á medida de
su deseo, y desde entónces se
aplicó á representar con todo es-
mero el carácter de su papel. Una
tinta de tristeza se esparció por

toda su figura; de quando en quando derramaban sus ojos algunas lágrimas; y muellemente reclinado en un sofá, vestido descuidada pero elegantemente, esperaba que alguno, ó conmovido ó interesado, viniese á proponerle alguna muger, con tal que fuese muy rica, porque de lo contrario no tenia priesa para casarse.

Estaba Lázaro entregado á sus reflexîones, quando sus criados le entraron recado de la Condesa Hortensi, que venia á visitarle. Levantóse y vió que se le presentaba una dama muy bien puesta, jóven y de figura bastante agradable, aunque

muy cargada de afeytes. Señor Duque, le dixo, haciéndole siete ú ocho reverencias, tal vez graduareis de atrevido mi proceder, y os pido mil veces perdon de haberos incomodado. He visto en el diario un artículo, en que se trata de vos; parece que habeis experimentado el amor, y yo... ¡ay de mí!... yo tambien sé bastante de tan funesta pasion. A vuestra vista está la muger mas desventurada: mis lágrimas os dicen lo bastante: perdonad; pero no me es imposible contenerlas.— Sosegaos, madama, y no querais con vuestros sentimientos renovar mis heridas, que todavía no estan

cicatrizadas; y si vos... — ¡ Necia! ¿qué es lo que he hecho? yo venia á consolaros, y soy quien os aflige; ¿qué pensareis de mí? — Que es mucha vuestra sensibilidad, y que nuestros corazones son muy propios para confiarse recíprocamente sus sentimientos. — Los mios, señor Duque, son cruelísimos, y sin duda capaces de igualarse con los vuestros. Suponed, desde luego, que mis parientes me sacrificáron desde mis mas floridos años al Conde Hortensi, hombre poderosísimo; pero á quien yo no amaba, porque Laurencio era el solo objeto de mi cariño; pero... mu-

rió... murió el infeliz, y dos dias ántes habia experimentado la misma suerte mi marido en un desafio: de modo, que en solos quatro dias perdí á mi amante, y mi esposo. Si Laurencio hubiera vivido, yo le habria hecho dueño de mi mano, y de toda mi fortuna; hubiera sido yo feliz entónces; pero ahora me es preciso derramar eternamente lágrimas de amargura. — Madama, os compadezco, son grandes vuestras desgracias; pero no debeis desesperar de hallar alivio. En vuestra edad, con tantas gracias, y un corazon tan tierno, las cenizas de Lauren-

cio... la suerte puede ofreceros otro sugeto, que aunque tal vez no sea tan amable, no le ceda en prendas apreciables, ni en finura amorosa. — ¡Esposo cruel! tirano, que arrebataste de unos parientes codiciosos mi mano, ¿qué me sirven las cien mil libras de renta que me has dexado? ¿para qué quiero tus castillos, posesiones y vanos títulos? á todo hubiera preferido el logro de mi amor... — Pero, señora, tranquilizaos... volved á tomar asiento... sosegaos. — ¿Qué es lo que hago? ¡Cielos! perdonad estos impulsos del sentimiento que procuraré moderar,

é interesándome en vuestros sucesos, vendré á consolaros, porque ahora ya veo que no hago sino hablar de mí propia, rayando en descortés. — ¡No os podeis figurar, señora Condesa, quanto me interesais! Vuestra afliccion tiene cierto atractivo para mí, y me parece que si os dignais de permitirme vuestra compañía, tal vez llegaremos á consolarnos mútuamente; y entretanto espero mereceros que honreis mi mesa. — No señor, no; he abusado infinitamente; y así me retiro... no os canseis... dexad que me retire; queria enxugar vuestras lágrimas y no derramar otras

á vuestra vista. — Pero, madama...

La Condesa no accedió, y baxó acompañada de Lázaro hasta su coche; el cochero recibió órden de dirigirse á casa, y Lázaro la hizo seguir de uno de sus criados, que prontamente le traxo las señas de la habitacion de la hermosa y afligida señora.

Ahora que ha partido la Condesa, dexemos á Lázaro entregarse á las ideas lisongeras que se presentaron á su imaginacion, y participemos al lector quién era esta Condesa.

Cervina, hija de unos pobres labradores, despues de haber ser-

vido á varias mugeres de mala vida, entró á ser camarera de una actriz famosa. En esta situacion, que supo aprovechar, no se olvidó de hacerse pagar muy bien de varios amantes, por hacerles el favor de entregar á su ama villetes amorosos. Ya Cervina habia hecho algun dinerillo en esta casa, quando la actriz se casó, y despidió á la criada, despues de haberla hecho un gran regalo. No quiso ya Cervina volver á servir; tomando el nombre de la Condesa Hortensi, corrió mil aventuras; y asociada con una gabilla de tahures, contribuyó á despojar á

mil inocentes, que dexáron sus bolsillos en estas academias de juego. Un jóven, llamado Laurencio, perdió un dia en estas cavernas de disolucion todo quanto tenia. Persuadido á que le habian robado, dió parte á la justicia, que acudió á la casa; y Cervina y sus cómplices se viéron rodeados de esbirros, sin mas arbitrio para librarse, que el de saltar por una ventana. Sus compañeros auxîliáron á Cervina, y se escapó toda la quadrilla. Corrió Cervina de ciudad en ciudad, y al cabo se fixó en Milan, donde tomó la juiciosa resolucion de contraer un buen

matrimonio. Para lograrlo tomó una buena casa, recibió gentes, arrastró coches, se fingió viuda; y en una palabra, concibió el mismo proyecto que Lázaro; pero los fondos de la Condesa se iban disminuyendo cada dia. Todos sus artificios é intrigas no la habian proporcionado amante alguno, y comenzaba á desesperar de su empresa, quando el artículo del diario que hablaba de Lázaro, reanimó sus esperanzas. Creyó ser mas feliz con un extrangero; y despues de haberse adornado con quanto sabe una muger para hacer sus gracias mas seductoras,

se presentó á nuestro héroe, persuadida á que era cierto quanto de él se decia. Ya se ha visto el resultado de su primera visita; veamos lo que produxo el caso de haberse afrontado estos dos intrigantes resueltos á engañarse recíprocamente.

No es dudable que un hombre mas instruido y mejor educado que Lázaro, á primera vista habria conocido que la supuesta Condesa, á lo ménos, no podia dexar de ser una grandisíma loca; pero el recto modo de pensar procede mas veces del corazon que del ingenio. Un hombre

ingenioso, pero entregado al vicio, tiene ménos delicadeza, finura, y discernimiento que otro que sea limitado, con tal que le anime una alma honrada. Halló Lázaro, que la dama tenia mucha representacion, y los modales mas distinguidos; en una palabra, no dudó que era de la mas alta clase, y que, como ella astutamente lo habia asentado, tenia mas de cien mil libras de renta. Pasó lo restante del dia y toda la noche saboreándose con las mas dulces quimeras; y á la mañana se vistió magníficamente, y fué á visitar á la fingida Condesa, cuya

casa le parecció de las mas bien muebladas.

Esperábale Cervina, la qual bien habia presumido que algun criado seguiria su coche, por lo que de propósito habia mandado que la llevasen muy despacio. Cervina pues en el trage mas descuidado, pero mas atractivo, esperaba á su víctima, y se lisongeaba de que aquella vez no podria ménos de quedar sometido al imperio de sus gracias: Por su parte Lázaro se proponia echar el resto de su artificio para terminar quanto ántes un asunto que le proporcionaba tan conocidas ventajas. Así es como entrambos se es-

forzaban á engañarse recíprocamente. Esta visita, aun mas original que la primera, dexó á los dos satisfechos; y su excelencia, el señor Duque, convidó á su excelencia, madama la Condesa á comer para el dia siguiente. Aceptó Cervina, y asistió á una delicadísima mesa que Lázaro habia preparado con la mayor finura y profusion. En los postres se sirvieron licores fuertes, y ámbos bebiéron tanto, que faltó muy poco para que se descubriesen por quienes eran. En fin Cervina dixo que se sentia indispuesta, y Lázaro, que apénas podia tenerse derecho, la hi-

zó subir en su coche, la acompañó á su casa, volvió y se acostó. Los dos al dia siguiente se viéron en casa de Cervina, y no se acordáron de nada de quanto habian hablado en la mesa, sino es de la declaracion amorosa que se habian hecho enmedio de los vasos y botellas. Lázaro se postró á los pies de la hermosa viuda, la qual le hizo levantar, acabando de embelesarse con sus miradas alhagüeñas. En fin se habló de matrimonio, que era lo que ámbos deseaban; pero con mucho disimulo, y como de paso, se preguntáron mútuamente acerca de los grandes bienes, de que cada

qual se suponia dueño. Castillos, casas, heredades, alhajas, títulos, todo fué especificado y afianzado con escrituras falsas: y en terminos que fué preciso señalar el dia de la boda. Sin embargo, todo estuvo á pique de desbaratarse quando se trató del lugar en que habian de vivir despues los esposos. Queria Cervina que fuese en alguno de los estados de Lázaro, este pretendia que fuese en alguno de los de Cervina, y los dos tenian sobrado fundamento para sus ideas; pero Lázaro cortó la diferencia diciendo: aunque mi hacienda de Cabata esté casi destruida por el

mal gobierno de un pícaro administrador, este me parece el lugar mas apropósito: por ahora, hasta que resolvamos otra cosa.

Sabia Lázaro que esta hacienda estaba de venta, y pensaba comprarla apénas Cervina le entregase las doscientas mil libras que le habia prometido en dinero efectivo, luego que se verificase el casamiento; y entre sí decia: todaviá permanecerémos algun tiempo en Milan; pretextaré un viage indispensable, y entretanto compraré la hacienda. Todo estaba ya arreglado entre los dos pícaros que creian engañarse uno á otro. Supuso

cada qual por su parte algunos cercanos parientes, y los buscó entre bribones de su especie; los vistieron magníficamente, y llegó el deseado dia. Fueron á casarse á una legua de Milan, en una aldea por quitarse, como dixeron, del tumulto enfadoso de la concurrencia. Llegaron con cinco ó seis de sus confidentes al lugar destinado, y formaron un lazo indisoluble en presencia del Eterno, á quien estaban ultrajando, y que les preparaba terrible castigo. Despues se abrazaron los esposos, se juraron una ternura interminable, y se detuvieron á desayunar en la

aldea, ántes de volver á Milan, donde Cervina debia entregar el dote á su marido.

Pero en esta fatal aldea era donde los dos iban á horrorizarse uno de otro, y á ser entregados á la venganza de las leyes ultrajadas. Dos viajantes, uno jóven y otro anciano, llegaron al mismo sitio se informaron de la novedad, y por efecto natural de curiosidad desearon ver á la recien casada. Los dos viajantes no se conocian, pero se hablaron y procuraron acomodarse de modo que pudiesen ver á los novios á su satisfaccion, para lo qual se llegaron á la casa en

que estaban ; y acercándose á la sala principal , uno de los viajantes viendo á Lázaro que tenia de la mano á Cervina , se arrojó á él, le cogió del cuello de la casaca exclamando : ¡ aquí estás , infame! ¡ por fin se han logrado mis anhelos! ¿ dónde está tu cómplice ? ¿ dónde el dote de mi hija ?

En tanto que esto pasaba con Lázaro , el otro viajante se apoderó de Cervina , diciendola , ¡ malvada ! ¿cómo te has escapado de la justicia ? ¿ dónde está el dinero que me has robado en tu infame casa ?

Considérese quál seria el espan-

to de los esposos al reconocer el uno al padre de la Veneciana casada con Belmont, y el otro al jóven Laurencio á quien habia arruinado con una quadrilla de tramposos. Ambos perdieron el color, pero por no quedar descubiertos tomaron el partido de fingir; y Lázaro dixo al que le tenia agarrado: padre inhumano y bárbaro ¿puedes tratar así á un amante desdichado, que amó á tu hija, y ella abandonó despues con la mas inaudita crueldad? yo la ofrecia toda mi fortuna; queria elevarla á mi clase, y ambos lo habeis resistido; ¿podrás pues resentirte de que for-

me nuevos vínculos ? Entretanto Cervina dirigia al otro extrangero estas razones, ¡cómo, Laurencio! ¿qué vives todavia? ¿qué te vuelvo á encontrar tan fino y tan tierno como siempre? pero ¡ ay, en qué fatal momento has llegado! — Todas las ocasiones son buenas para restituir el dinero. — ¿ Qué hablas de dinero? si mi esposo te quedó debiendo alguna cosa, yo nunca lo he sabido. — ¡Qué novela!..— Pero no perderás nada, todo se te pagará, yo te lo prometo, pero no descubras nada (*esto se lo dixo al oido.*) Me he casado con un hombre riquísimo, y quando quieras te

volveré quanto te falte.

Calló Laurencio, porque le enmudeció la admiracion; pero Lázaro no pudo conseguír el mismo silencio del padre de la Veneciana. Ladron, infame, le dixo el respetable anciano, ¿ así pretendes encubrirte? ¿ Piensas que me he olvidado del robo que me hiciste asociado con Belmont? ¿ Sabes que mi hija ha espirado de dolor? — ¡Ha espirado! ¡ cielos! ¡ qué golpe! sin embargo de su infidelidad, la lloraré eternamenre — ¿ Pero qué significa?.. (*Lázaro al oido del anciano*) — No me perdais; acabo de casarme con una Condesa de

bienes quantiosos : yo os pagaré todo lo de Belmont ; pero por Dios que no me perdais.— ¡ Monstruo ! ¿ me volverás mi hija y mi honor ultrajado ? No : es necesario que pagues tus delitos ; y á vos (dirigiendose al dueño de la casa que se habia dado á conocer) os hago responsable de este malvado ; en tanto que acudo á la justicia ; esta vendrá al instante ; pero si le dexais escapar , sois perdido.

Salió el viejo de la casa despues de haber dado esta órden , y Laurencio , que al instante conoció la maula, tomó el mismo partido , y dixo al amo de la casa yo tambien

os hago responsable de esta muger. Dicho esto, se fué y quedaron nuestros recien casados sin atreverse á mirar, y temblando de las conseqüencias de este fatal accidente. Entretanto los convidados habian huido, dexando solos á Lázaro y Cervina, á quienes el amo de la casa con algunos aldeanos, no perdió un punto de vista. Al cabo de algun rato llegó la justicia con los dos viajantes, y terminó sin remedio la ficcion de los dos novios, porque se vieron precisados á declarar separadamente su nombre, patria, &c. &c. Concluida la declaracion, Lázaro se volvio hácia Cervina, y la



Es pérfido, maldiciente
A qualquiera lisongea;
Solo en enredar se emplea.
Nunca dice lo que siente.
Sin reparo alguno miente.
Muda formas cada instante.
Lo que te alaba delante,
Te lo murmura detras:
Con esto conocerás
Lo que es un hombre intrigante.

Alex.º Blanco lo g.º

dixo : bella Condesa, ya no es tiempo de disimular... — Amado Duque interrumpió Cervina, no me es posible engañaros mas largo tiempo. — Os habeis casado conmigo, y no soy sino ... ¡ Un bribon ! y yo... — Una embustera ! (*juntos*) Tú me has engañado.

Iban á llenarse de dicterios ; pero el magistrado atajó la disension; atándolos y haciéndolos conducir á la cárcel de Milan, donde fuéron castigados como merecian. Este exemplar atemorizó á los tramposos y embusteros ; por mucho tiempo no se habló en Milan de otra cosa; y la historia de estos malvados, fué

citada como exemplo de los golpes casuales, y de la venganza divina que nunca dexa sin castígo el delito.

TARDE XIX.

EL PUENTE DE LOS AMANTES.

Anecdota.

La historia de los embusteros de Milan habia divertido mucho á los tres muchachos ; y á la mañana se reian á no poder mas al acordarse de algunas particularidades. No se olvidó Leon de que su padre le habia dicho, que de aquel suceso podria hacer una comedia, ú otra composicion que mejor le pareciese. Esta especie de consenti-

miento habia exáltado su cerebro, y ya empezaba á pensar en ordenar el plan de una pieza cómica; pero su padre que entró en el quarto al tiempo que empezaba esta obra, le desvió de esta idea, diciéndole: yo, querido mio, solo os leí aquella historieta para entreteneros; la moralidad no es de las mas fuertes ni nuevas para que te ocupes en sacarla al teatro; reserva tu talento para algun otro asunto de mayor interes, que yo te le proporcionaré. Entretanto tengo la satisfaccion de decirte que estoy muy contento de los dos romances que me entregaste hace algunos dias; sigue firmemente

los consejos de un amoroso padre, y vivirás tranquilo. Advierto que has adelantado mucho desde que hiciste el romance del mendígo; y para animar tu aplicacion, sin excitar tu amor propio, quiero leer, tus dos romances á un amigo que hoy vendrá á comer con nosotros. Es un hombre de mucho respeto, que vuelve de un gran viage; durante su vida ha tratado con muchas personas instruidas; las aprecia y venera; y creo que se alegrará de conocer tus felices disposiciones para la literatura. Estudia mucho en los autores latinos; esta debe ser tu principal ocupacion; toda-

via es temprano ; despues de comer tendreis asueto. — Pero , padre mio , ¿ y mi hermana ? No me hables de eso ; tu hermana ha cometido una falta , y es preciso que la pague sufriendo el castigo algunos dias, que no serán muchos ; despues de mañana podrás abrazarla. — ¿ Y... Benito ? — En quanto á ese va mas largo ; es muy revoltoso y atrevido ... pero no hablemos mas de eso , trabaja ; y disponte á escuchar con mucha atencion á Mr de Lonchamps, de quien te acabo de hablar , que es un hombre de mérito , y sin duda nos referirá algunas cosas de gusto.

Dexó el anciano á Leon, y éste, dócil á los consejos de su padre, abandonó el plan de la comedia, para entregarse á sus acostumbradas ocupaciones. Llegó la hora de comer, y Armando y Julio, á quienes Leon habia participado que tendrian un convidado, fuéron con su hermano al quarto de su padre, donde halláron á Mr. Lonchamps, cuya fisonomía inspiraba respeto y estimacion. Abrazó éste á los hijos de su antiguo amigo, y se sentáron á la mesa. Durante la comida habló Lonchamps de sus viages, y sobre todo del placer que habia experi-

mentando recorriendo la Auvernia; y añadió: será preciso, amigos mios, que os refiera una anecdota muy agradable que me contáron en Brioude, en este delicioso pais donde se encuentran las bellezas naturales unidas con la honradez de sus habitantes. Un dia pues...

Palemon interrumpió á su amigo, rogándole que dexase para la tarde su narracion. No sabeis, le dixo, la diversion de nuestras tardes; y pues habeis de permanecer con nosotros algunos dias, quiero que participeis de este gusto. Felíz enmedio de mis hijos, mi

único placer es dirigirlos por el camino de la virtud, contándoles muchas veces algunas historias divertidas que alimenten su espíritu, y conmuevan su corazon; y por eso me quieren tanto, ¿no es verdad, hijos mios, que amais mucho á vuestro padre? La respuesta de los muchachos fué arrojarse atropelladamente á los brazos de Palemon; y Mr. de Lonchamps no pudó contener sus lágrimas al ver tan tierno quadro. Despues de comer tuviéron los muchachos licencia para jugar en la huerta, en donde estuvieron paseando los dos amigos; y al declinar el dia todos cin-

co se reuniéron en el terrazo, adonde tambien acudió con su labor la buena Marcela, que tenia grande aficion á oir historias; y Palemon la permitia participar de las recreaciones de su familia. Quando ya todos estuviéron sentados, Armando recordó á Mr. Lonchamps que les habia prometido referir una anecdota de Brioude; sonrióse éste, pidió atencion, y comenzó su relacion en estos términos.

Habia yo recorrido las montañas de Brioude, tan fecundas en riquezas de historia natural quanto estériles en mieses. Habia recogido con abundancia pedazos de

minerales en las alturas orientales, y espatos en las del mediodia. Por la parte occidental habia descendido á los mas profundos subterraneos; y observando atentamente la naturaleza en estos ocultos retiros, la sorprehendí, por decirlo así, en sus mismas operaciones; y llevaba conmigo un pedazo de roca que en el mineral estaba todavía enlazado con los cristales. Sobre todo habia admirado los altos y soberbios basaltos de Chiliac y San Arcons, dignos de competir con los de Irlanda. En fin, habia atravesado aquella admirable calzada de los Gigantes, que

forma un camino de veinte toesas de anchura, rodeado de altísimas columnas de basalto, y sobrepujado de prismas colocados orizontalmente, y que forman como una especie de capitel sobre este magnífico órden de arquitectura natural. ¡Quánto habia trabajado mi imaginacion en aquella gruta abierta baxo las masas mas enormes, y cabada toda ella en un peñasco! El camino es arenoso, y la humedad ha cubierto esta arena de una especie de musgo verdoso, que, por decirlo así, le sirve de tapicería. En el mayor calor se respira allí el ayre mas fresco, y por

eso se reunen en este sitio, durante el estío, los pastores y pastoras. El Allier corre al levante, y se oye desde allí el ruido de sus ondas, que chocan con las lavas que los volcanes han vomitado en sus riberas. Es imposible que sea ateista el que haya recorrido las montañas de la Auvernia; la mano de un Sér supremo está allí grabada de un modo demasiado visible.

¡Qué desgraciado habrá sido este pais donde se encuentra á cada paso un horno apagado; cuyos altos montes contenian volcanes, y en cuyas cimas aun se distinguen los crateres de las lla-

mas, tal vez dispuestas á romper de nuevo! ¿Y cómo puede haber habido, ni puede haber volcanes sobre una roca donde ni se hallan grandes lagos, ni hay memoria de que el mar la haya cubierto? Sin embargo, todos estos montoncillos que se descubren al pie de aquellas encumbradas sierras, parece que son el resultado de las areñas amontonadas por las aguas, cuya forma undulante conservan todavía. ¡Se los vé, por decirlo así, levantarse, desaparecer y volver á elevarse! tan obscurecidas se hallan la gradacion y degradacion en estos montecillos, dispues-

tos en anfiteatro, coronados de altas montañas, que parece haber sido los escollos de un mar que mi alma cree ver, retrogradando los siglos.

Me quedaba por ver la ciudad de Brioude, y el magnífico puente erigido, segun se dice, por los Romanos, no léjos de sus muros. Al nombrar los Romanos en este sitio, ¡quántas ideas se despiertan! se atraviesan los siglos, y parece que se presentan las falanges guerreras de aquel pueblo tan amigo de las artes; y que se oye razonar á Caton, Scipion y otros héroes célebres de la antigüedad.

¡O montes de Auvernia, exclamé en uno de estos éxtasis, yo os saludo ántes de dexaros! ¡yo os saludo antiguas y religiosas ruinas! Algun dia volveré á veros y á estudiar entre vosotras el pueblo famoso que os habitó; renovaré la memoria de sus primeros ciudadanos, que dexaban el timon de los negocios, para empuñar la esteba, y fertilizar vuestras llanuras; oiré el eco que desde vuestros senos repetia el estruendo de las armas, y los gritos alegres de los exércitos triunfantes. Estas rocas han visto al gran Cesar, y yo veré á Cesar sobre ellas. Iré á las altu-

ras de Puy-de Dome, de Cantal, y de Chaise-Dieu, desde donde descubre la vista á lo léjos los Alpes y las montañas de la Suiza, al mismo tiempo que vé mas de cerca unas llanuras fecundísimas. Me sentaré sobre las ruinas de la célebre Gergovia; evocaré las sombras de los famosos xefes, que baxo de sus muros viéron huir á Cesar y sus tropas; me instruiré de sus costumbres, trages y casi de su idioma, que el lapiz y la pluma nos han transmitido fielmente de generacion en generacion; y aunque solo sobre estas ruinas, gozaré dentro de mí mismo de la mas be-

lla naturaleza, de los mas vastos edificios, y de la mas rica populacion.

Iba pues á Brioude, y ya habia descendido de los elevados montes desde donde se distingue, quando al vencer la cumbre de la última colina, se me presentó de cerca, situada enmedio de un llano que baña el Allier, cuyas orillas estan pobladas de infinitos álamos. La madre de este rio se asemeja bastante á un lago, enmedio del qual se levanta Brioude como una pequeña península, y dexa ver á lo léjos el Puy-de Dome, que parece no dista mas de quatro le-

guas, y hay mas de doce hasta llegar á él.

En fin ví el puente que tanto me habian ponderado, y se halla cerca de una pequeña ciudad, que es la antigua Brioude, cuyo nombre ha conservado. Esta obra es mas admirable que hermosa. Envejecida por un largo transcurso de siglos, se halla revestida de una cantidad considerable de láminas de hierro que contestan su antigüedad. Este puente forma un grande arco de ciento y ochenta pies de anchura, sobre ciento de elevacion; nada tiene de dibuxo ni arquitectura, ni es mas que un simple se-

micírculo fundado sobre dos rocas, que facilita la comunicacion de dos montes, sobre uno de los quales se eleva la antigua Brioude. Por un efecto de su construccion estè puente es muy apreciado de los amantes, á los quales ha favorecido repetidas veces, á pesar de los zelosos; ahora oireis la anecdota mas antigua que me han contado relativa á estè puente maravilloso.

Antonio, jóven pastorcillo de Brioude, amaba á Luisa, hija de un labrador de la montaña situada enfrente de esta ciudad, y dividida solo por el puente. Destinados desde la infancia á ser espo-

sos, ámbos jóvenes conducian sus rebaños á unos mismos lugares, donde pasaban dias enteros hablando de sus amores, y de la esperanza que tenian de verse algun dia unidos para siempre. Pero de repente el interes, este tirano del amor y de la sociedad, vino á separarlos y destruir enteramente sus esperanzas. Un pleyto indispuso á sus padres, quienes prohibieron á los jóvenes el verse, y aun el quejarse. Dóciles ámbos, y en aquella feliz y florida edad en que sola una severa mirada de un padre es un castigo terrible, Antonio y Luisa se esforzáron á obedecer, y se re-

solviéron á morir, pues no podian verse ni hablarse. Temiendo que el amor ó la casualidad los reuniesen, sus padres inflexîbles les habian prohibido pasar el puente que separaba el monte de la ciudad, y solo estaban acordes en desesperarlos de su amor, quitándoles todos los medios de comunicarse; pero esta vez si al amor no ayudó el ingenio, la suerte, que tantas veces se le opone, se declaró á favor suyo, y se encargó de que los dos amantes se comunicasen, sin que se les pudiese acusar de haber quebrantado los preceptos paternales.

Cada dia la pobre Luisa conducia sus vacas á la orilla del rio, frontera á la ciudad, y el tierno Antonio llevaba su ganado á la parte opuesta. Allí, viéndose apenas por la gran distancia, reprimian sus lágrimas, ahogaban sus sollozos, hacian solo al cielo testigo de sus sentimientos, y le suplicaban que acabase sus pesares. Los dos, por una simpatía natural, venian todos los dias á la misma hora y al mismo sitio; no podian hablarse, pero se veian de léjos, y no dexaba esto de ser cierto consuelo para sus tiernos corazones.

Un dia la atmósfera se cargó

de espesas nubes ; tronaban los polos amenazando una horrible tempestad ; á breve rato se abrieron las cataratas del firmamento , y cayeron dilubios de agua y granizo. Atónitos con el trastorno de la naturaleza los dos amantes , corrieron simultáneamente á refugiarse baxo el puente. Allí , al abrigo de su inmenso arco , atreviéndose á mirarse , fixaban en la arcada sus lagrimosos ojos ; abrazaban las piedras , y como por instinto las confiaban sus penas y juramentos. Pero ¡ó sorpresa! quando en voz baxa renovaban las promesas de una eterna constancia , Antonio perci-

vió la voz de Luisa, y ésta la de aquel. Entónces creyéndose reunidos por alguna fuerza mágica, y volviendo á mirar y á hablarse, repararon que aun mediaba entre los dos el rio. Vieron desaparecer sus esperanzas, y dirigiendo sus miradas á la piedra, la dixeron, ¡cruelmente nos has engañado!... y percibiéron recíprocamente estas palabras. Los pobres jóvenes creyeron que se burla de ellos algun espíritu maléfico, y aun se disponian á huir de este encantado sitio; pero apaciguándose la tempestad, y con ella su primer terror, dixeron entre sí: si es un mal genio el que

se complace en repetir nuestras palabras, obsequia nuestra voluntad, ¿ pues por qué hemos de huir de lo que favorece al amor? Animados de esta reflexîon, se volvieron hácia la piedra para experimentar si sus palabras se oian de nuevo. Yo te amo, Antonio, dixo Luisa en voz muy baxa; y al momento percibieron que la respondieron: y yo te correspondo, amada Luisa. — ¿ Con-que me oyes? — ¿ Y tú tambien? — ¡ O felicidad!

Mas asegurados, y palpitando de alegría sus corazones, agradecieron al destino favor tan inesperado; volvieron á colocarse junto á

sus respectivas piedras, y convinieron en confiarse por este medio sus mas ocultos pensamientos. No resonaba la voz, con lo que no oyéndolos nadie, no temian ser sorprehendidos. Todos los dias iban á hablarse de este modo; y en fin habian hallado el medio mas seguro para fomentar la inocente llama que los abrasaba.

Así vivian, quando un jóven pintor de Brioude, llamado Roberto, tomó por ocupacion el ir todos los dias á la ribera del rio á dibuxar vistas; habiendo observado varias veces que los dos jóvenes puestos baxo del puente se vol-

vian las espaldas, y se arrimaban cada uno de su lado á las piedras de la arcada, infirió lo que hacian, y penetró su secreto. Interesóse mucho en la suerte de estos amantes, y un dia tuvo la resolucion de acercarse con disimulo adonde estaba Antonio, por si podia oirle alguna expresion, y para ofrecerle los auxîlios que cupieran en sus facultades. Nadie en aquel sitio solitario habia interrumpido á Antonio; por otra parte nada podia distraerle de tan dulce ocupacion como la de hablar á Luisa; y así no vió á Roberto, el qual oyó casi todas las palabras del siguiente ro-

mance, que á media voz cantaba á su querida.

Piedra al amor favorable,
que en mis lágrimas te bañas,
recoge los tristes ayes
que mi corazon exhala:
De mis ardientes suspiros
sé leal depositaria,
enternécete á mis ruegos,
que amor aun peñas ablanda.
Dile pues á mi querida,
tierno objeto de mis ansias,
que me consumen mis penas
y sus amores me matan.
¡O piedra para consuelo
de los amantes labrada!

dile á mi pastora hermosa
que mi corazon la ama:

Díselo mil y mil veces,
y añádela que en mi alma
no cabe el traidor engaño,
ni la cruel inconstancia;

Y que si de su hermosura
fatal destino me aparta,
por eso penas me afligen,
y sus amores me matan.

¡O piedra! de tu secreto
en las misteriosas alas
lleva estas tristes finezas
á mi querida zagala.

Tristes son, pero por mias
no dexará de estimarlas,
que de un pecho enamorado

aun las tristezas agradan.

Nada de mi pensamiento
podrá jamás separarla,
aunque en mi llanto me anego,
y sus amores me matan.

Tuvo Roberto bastante trabajo para percibir todas las palabras de este romance; y la misma atencion que ponia en oirlo le descubrió. Antonio se volvió, y al verle mudó enteramente de color, como si acabase de cometer algun delito. — Nada temais, amigo le dixo Roberto; adivino gran parte de vuestras desventuras, y me ofrezco á repararlas. — ¿Vos? — Yo: confiadme

vuestras penas, decidme, ¿ qué inconvenientes son los que se oponen á vuestra felicidad?

Antonio permaneció algun rato indeciso; pero luego cediendo á la confianza que siempre inspiran los buenos corazones, le dixo: Yo amaba á Luisa, y ella me correspondia; los dos debiamos ser esposos algun dia; pero, Mateo mi padre, quiere aumentar una posesion que tiene en el monte, comprando seis acres de tierra á Gerónimo, padre de Luisa, el qual consintió desde luego conviniéndose en cierto precio; pero ahora se desdice y pretende anular el contrato. Mi padre recla-

ma el convenio ; y de esto se ha originado un pleyto , y la enemistad de nuestros padres , de la qual nosotros somos víctimas. Nos han prohibido el vernos , y comunicarnos ; solo el arco de este puente repite nuestros dolorosos acentos , y á esto se reducen nuestras desdichas , y nuestros alivios.

Roberto conocia á los dos ancianos , y se encargó de componer este asunto , y reunir á los amantes. ¡Considérense los extremos alegres de Antonio! Participó á Luisa la nueva esperanza que le animaba, y Roberto se despidió para poner en práctica su pensamiento. En efec-

to buscó á Gerónimo, y le preguntó quál era el precio y cantidad en que estimaba sus tierras; éste se lo dixo, y aquel se lo entregó; pero para coronar su obra, convidó á los dos padres á una comida en el campo, y así que llegáron les dixo: estas tierras os habian enemistado; yo no las he comprado para mí, sino para transmitirlas á dos amantes desdichados, muy acreedores á que consintais en su felicidad.

Los padres al instante adivináron quiénes eran; en fin comparecieron los jóvenes; Roberto les entregó la escritura de venta; y su enlace se celebró con mil fiestas que

dispusieron sus amigos y paisanos para obsequiarlos.

Así tuvo principio la felicidad que debiéron á su constancia, y mucho mas á su docilidad. Antonio y Luisa enseñáron el secreto del puente á algunos jóvenes que padecian las mismas penas que ellos acababan de experimentar; por su imprudencia se divulgó el secreto; y por eso en el dia quando los padres notan alguna pasion mal dirigida en sus hijos, les prohiben baxo las mayores penas aun el acercarse al puente.

Causó esta historia el mayor placer á los tres hijos de Palemon, sir-

viendo de materia á sus discursos todo el resto de la tarde ; y como Mr. de Lonchamps habia de pasar algunos dias en casa de los muchachos , se lisongeáron estos de que les contaria otras historias de sus viages , por lo qual se empeñáron á porfia en servirle y obsequiarle aun mucho mas de lo que esperaba Palemon.

TARDE XX.

Benita ó la casa subterranea.

Habia ya muchos dias que la jóven Adela permanecia encerrada en su quarto sin alcanzar licencia ni aun para concurrir á la mesa. La pobre niña no tenia otro testigo de sus lágrimas y arrepentimiento sino á la buena Marcela, que la amaba ciegamente, y sentia tanto como Adela misma su prision; y para terminar las penas de su hija, que así la llama-

ba rogó á Mr. de Lonchamps, que obtuviese de Palemon la libertad de su querida. Aceptó aquel con mucho gusto el encargo, y en presencia de los tres muchachos pidió á su antiguo amigo la libertad de su jóven prisionera; condescendió Palemon, y á breve rato se presentó Adela encarnada como una rosa, y se arrojó á los brazos de su padre derramando un torrente de lágrimas. Hija mia, la dixo este buen padre, no llores; olvida como yo tus faltas; las has expiado, con que no pienses mas en ellas, evitando por todos medios la necesidad de que te las recuerde.

Agradece á este caballero el perdon que has obtenido, colócate junto á tus hermanos; y vive segura de que nada has desmerecido en mi ternura y confianza, persuadido á que no volverás á abusar de ellas.

Adela quiso protestar su arrepentimiento; pero los sollozos ahogaron su voz. Su padre la abrazó, sus hermanos la rodearon y enjugaron sus lágrimas, y en breve la satisfaccion de verse reunida á la familia, la volvió su primera alegría. Su padre, con estudio, la manifestó toda la tarde mas ternura que la regular: todo la tranquilizaba y encantaba; y en su edad los

sentimientos son muy pasageros. Faltaba otra gracia que pedir, y era la de Benito; pero su padre que estaba de acuerdo en esto con Mr. de Lonchamps, se mantuvo inflexîble; y así en vano Adela y sus hermanos se empeñáron con éste para que templáse el enojo de su padre, pues les dixó que lo que le habian contado del carácter indócil de este muchacho le determinaba á no mezclárse en semejante asunto. Fué pues necesario esperar del tiempo lo que no se podía alcanzar de la amistad, ni de la ternura paternal. Consoláronse los niños, y por la tarde se reunieron en el terrazo, donde

suplicáron á Mr. de Lonchamps, que les contase alguna historia por el estilo de la del puente de Brioude. Ya se supone que los tres muchachos habian referido á su hermana todo lo ocurrido en su ausencia, de modo que tenia la misma curiosidad que sus hermanos; y se interesó juntamente con ellos para que aquel caballero les hiciese alguna agradable narracion de lo que habia oido y visto en sus viages. Este no se hizo de rogar, pidió atencion á su jóven auditorio, y habló en esta forma.

Conocí en Languedoc á una muger anciana, á quien habian suce-

dido cosas muy singulares. Escuchad, amables niños, y convendreis conmigo en que la Providencia que lo arregla todo, ha proporcionado consuelos á los desgraciados, aun en las circunstancias mas críticas de la vida; y que el hombre nunca experimenta mas males que los que puede sobrellevar.

A algunas leguas de Aviñon, á la entrada de un sombrío y espeso bosque, habia un castillo antiguo, cuyos cimientos se decia ser fabricados por los Romanos. Habitaba en él un anciano respetable con su muger, y una hija de quince años muy linda; pero, por desgra-

cia, de un carácter altivo, duro é intratable en todas materias; y por tanto Benita, que así se llamaba esta jóven, se hacia insufrible aun á sus mismos padres, que no tenian otro hijo, y fundaban en ella las esperanzas de una alegre y dichosa ancianidad; pero la niña, al paso que en edad, crecia tambien en envidia, indocilidad, y sobre todo en orgullo. Mil veces al dia se encolerizaba con los criados, y hacia que los reprehendiesen, ó los reprehendia ella misma con insoportable aspereza, por lo que estos infelices la aborreciéron y contribuyéron mucho á malquistarla con

sus padres. Por mas que se la castigaba, siempre reincidia en los mismos defectos. No habia fuerzas para aguantarla, ni se esperaba que mudase de carácter.

Bien conoceréis, queridos, quán desagradable será el tener siempre á la vista una hija semejante. Si el orgullo, la envidia y la duplicidad son odiosas en un muchacho, lo son mucho mas en una jóven que debe ser modelo de dulzura y sensibilidad. Tal era pues, Benita, que todos la detestaban, y por fin sus padres tomáron el partido de separarse de ella. Hija, la dixéron un dia, has despreciado todos nues-

tros saludables consejos; los castigos no han bastado á corregirte, y así no es posible que vivamos en tu compañía. Si nuestros bienes te han inspirado tanta altivez y soberbia para con los que te sirven, desde ahora no cuentes con nuestra herencia. Ya no tendrás quien te sirva, aprenderás un oficio, y entrarás en la clase de las personas laboriosas que viven amando y socorriendo á sus semejantes. Mañana, luego que amanezca, Campagne te llevará á casa de una costurera de Aviñon; allí aprenderás las labores femeniles, y con ellas procurarás mantenerte. No cuen-

tes ya con nosotros, no hay remedio, ya no volverás á vernos. Poco trabajo nos costará olvidarnos de una hija, que tanto tiempo hace que se ha olvidado de que tenia unos padres demasiado buenos é indulgentes. A Dios, señorita: nosotros nos ausentamos ahora mismo, y usted nunca sabrá el lugar de nuestra residencia.

Benita, confusa y humillada no pensó en arrojarse á los pies de sus padres para aplacarlos; pero se puso pálida, se mordia los labios de rabia, y pronunció entre dientes algunas expresiones groseras, que no oyeron sus padres, porque

ya habian baxado á la puerta. Benita los vió subir á un coche cargado de maletas y varios efectos, y que en su seguimiento iban todos los criados, á excepcion del Conserge y Campagne, el terrible Campagne, encargado de unas órdenes secretas que la atemorizaban. ¿Qué habia de hacer? No pudiendo seguir á sus padres, se resolvió á exâminar al Conserge, del qual no recibió la mas mínima luz, porque todo lo ignoraba. Campagne solo era el que todo lo sabia; pero precisamente era el criado á quien mas habia maltratado, y mil veces habia hecho todo lo

posible para que fuese despedido; y así era muy de presumir, que no se dexaria vencer de sus ruegos.

Véase aquí pues á Benita, sola, abandonada, sondeando el espantoso abismo que veía abrirse ante sus ojos. ¡Ella costurera!.... ¡Ah! solo el nombre de un estado que la parecia despreciable, la causaba un disgusto insufrible; preferiria la muerte á semejante partido... pero esto de morir era demasiado duro; ¡si pudiese huir de una casa, con la que ya creia no tener relacion alguna!... pero ¿adónde iria? ¿y quién la mantendria? Seria forzoso trabajar continuamen-

te, y para ella la labor era un terrible suplicio. En estas agitaciones pasó aquella noche, y la aurora la sorprehendió en tan tristes pensamientos. Todavía no habia hablado con su conductor Campagne; y éste, á quien ántes detestaba, ya no era el mismo á sus ojos. Solo veía sus buenas qualidades; era un hombre de edad madura, humano, generoso, que la queria mucho quando era niña, y la traia siempre entre sus brazos; y aunque tanto le haya perseguido, no seria inflexîble; la dirá donde han ido sus padres; irá á verlos; se arrojará á sus pies; les

prometerá ser en adelante mas amable, y volverán á admitirla, perdonándola quantas faltas ha cometido, ¡ah, cómo las reconocia ahora! ¡quánto se arrepentia! pero era tarde, ¡que si no!... Era preciso esperar á Campagne, y procurar conmoverle. Tales eran las ideas y proyectos de Benita; todavía tenia alguna esperanza; pero si la fallase, al cabo habria de conformarse con su suerte.

En fin Campagne se presentó y la dixo: — Señorita, vamos.— ¿Adónde? —Ya lo sabreis.— ¿Campagne? — ¿Señorita? — Por favor... tú sabes adonde han ido mis

padres; dímelo por Dios, dímelo. — No puede ser. — Mira, conozco que te he tratado mal muchas veces; pero olvida mis excesos, y vuélveme á presencia de mis padres. — Ola, ¿con que ahora os arrepentis? ya es muy tarde; no puedo hacer nada, nada absolutamente. Me es preciso cumplir las órdenes de mis amos, llevaros á Aviñon, y dexaros allí para nunca volver á veros. — ¿Campagne? ... — No señora; no entiendo si no de hacer lo que debo; y así prepararos al viage, que dentro de una hora nos pondremos en camino.

Dicho esto se retiró el criado, y quedó Benita deshaciéndose en lágrimas; pero sin embargo prontamente se dexó arrebatar de su carácter altivo: enjugó su llanto, se levantó despechada, y se dispuso á la marcha diciendo: no importa; ya no tengo padre ni madre: todos son conmigo crueles; no seré yo sola. Iré... veré... el cielo no me abandonará, y acaso me ofrecerá medios... ¿pero qué medios?... Volvió á su primera afliccion, y Campagne compareció con un paquete, un baston y todo el aparato de un caminante. Era Campagne un hombre como de cincuenta

años, y no le faltaban talento y educacion. Bueno, fiel y complaciente, llevaba treinta años de servicio en casa de Benita; la habia visto nacer; la habia amado... ¿qué digo? la amaba todavia, y sentia mas que ella la terrible experiencia á que la veia condenada, cuyas particularidades y progreso le constaban; pero al paso que era bueno, tenia juicio y firmeza; conocia que era preciso dominar tan orgulloso carácter; sabia que el ministerio que se le confiaba exîgia prudencia, firmeza y aun rigor; y Campagne era digno de contribuir al logro de los proyectos de un amo que le apreciaba.

Algun dia le restituirá su hija; pero se la volverá sumisa, dócil y digna de sus padres, ¡ó quánto estimó este buen criado la confianza con que le distinguiéron! ¡cómo se propuso merecerla, y corregir un ente á quien la naturaleza habia negado todas las qualidades morales, á excepcion del ingenio, y alguna sensibilidad! Tal era Campagne, tal era el hombre honrado que iba á servir de guia á nuestra heroyna. Sigámosles, amigos mios, y veamos que es lo que les sucede.

Intimó Campagne á Benita por última vez la órden de seguirle; y ella obedeció temblando y llevando baxo

del brazo un paquetillo. Estaba aturdida de no ver el coche, y dixo al criado: ¿por ventura hemos de ir á pie? — Sí, señora; atravesarémos el bosque, y en la primera posta esperarémos el carro de diligencia, que nos llevará á Aviñon. Benita estaba resuelta á todo, y siguió á su conductor, haciéndole mil preguntas, á las que aquel contestaba con poca, ó ninguna claridad.

Apénas habian atravesado un tercio del bosque, quando el cielo se cubrió de negras nubes, y amenazaba una horrible tempestad; y en efecto, á breve rato cayó á

torrentes la lluvia, y los rayos despedazaban algunos árboles situados en las alturas. Benita se estremecia de horror; Campagne buscaba un abrigo, y se presentó á sus ojos una caverna. Apénas habian entrado en ella, quando el agua los persiguió, aun dentro de la misma gruta, que presentaba un largo subterraneo, donde entraba la luz por algunas quiebras de los peñascos. Campagne y Benita se fueron internando; y viendo á lo léjos cierta claridad, pensaron que por allí podrian salir, y hallarse nuevamente en el bosque; pero caminaron largo tiempo, y no llegaron al fin de aquel

obscuro subterraneo. Durante este tiempo la tempestad se habia apaciguado; y Campagne y Benita pensaron volver por los mismos pasos al bosque; pero perdidos en los intrincados senos del subterraneo, no hallaron salida. Entónces sí que verdaderamente tuvo miedo Benita. Lloraba, clamaba, y Campagne procuraba tranquilizarla; pero no podia conseguirlo, porque tambien se hallaba sobrecogido del espanto. No podian desenvolverse de aquel laberinto, por cuyos rodeos habian caminado ya mas de dos leguas; la señorita no podia mas con la fatiga, y era pre-

ciso que tomasen el partido de sentarse, y recobrar las fuerzas comiendo la poca provision que habia traido Campagne. Con todo, no era poca felicidad que aquella larga bóveda, construida en parte artificiosamente, y en parte fabricada por la naturaleza, recibia alguna luz de distancia en distancia, al traves de las quiebras de las rocas. Veian lo bastante, pero se hallaban imposibilitados de salir. ¿Seria forzoso que muriesen en esta caverna? Tales eran los reparos y reflexîones que hacia Campagne, el qual dixo á su compañera: señorita, aunque no tengo mucha ins-

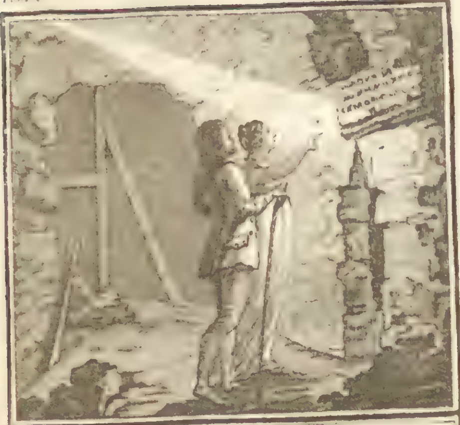
truccion, varias veces he oido hablar de este sitio, y estoy persuadido á que este subterraneo es obra de los Romanos, que en otro tiempo eran señores de este pais. Sí, todas las señales indican que esto les serviria de aqüeducto, retirada ó... ¿qué se yo? Lo cierto es, que gruta tan prolongada no es efecto de la casualidad, sino del arte; y lo que mas me admira es que habiendo entrado, no acertemos á salir. ¿Dónde está la puerta? ¿si algun rayo habrá caido sobre ella, y la habrá tapiado con los escombros? ¡ó Dios! ¿nos veriamos condenados á no volver

jamás á ver el sol? — ¿Y quién sabe si este sitio es un abrigo de ladrones? — No, no hay señales de eso: por otra parte el bosque nunca ha sido infestado de malhechores: nunca se ha oido la menor desgracia. Vamos, hija mia; ya habeis descansado un rato: ánimo, y volvamos á buscar la salida de este laberinto.

Benita se levantó, y los dos se pusieron de nuevo á recorrer los largos rodeos de aquel abismo. Despues de haber caminado inútilmente gran rato, un raro descubrimiento reanimó sus esperanzas. En una de las calles del sub-

terraneo halláron una fuentecilla, que naciendo de un peñasco, formaba un arroyuelo, que serpenteando entre guijas, seguia el declive del camino, que parecia ahondarse en este sitio. Siguieron nuestros caminantes la direccion del arroyo, esperando que por alguna abertura saldrian sus aguas al bosque; pero se equivocaron mucho, pues el arroyo caia por una cascada natural, formaba un pequeño lago en el plano inferior, y sus aguas se perdian por imperceptibles conductos. Sin embargo hicieron una observacion importante. En este parage, la bóveda

del subterraneo era muy alta ; y á favor de ciertas lumbreras hechas en la roca , descubrieron una especie de casa de dos pisos muy baxos, que parecia haber sido construida por algun solitario disgustado del mundo. Tenia puertas, ventanas y aun chimeneas que subian hasta lo más alto. Atónito admiraba Campagne tan raro edificio , y agradeció á la providencia el haberle ofrecido á lo ménos un asilo momentáneo , adonde poder retirarse sin temor de sorpresas , y tomar el tiempo necesario para sondear de nuevo aquel sitio de horror , y buscar los medios para sa-



Arbol, que crece torcido,
Nunca su tronco endereza:
Que se hace naturaleza
El vicio con que ha crecido:
Con este exemplo advertido,
Malas costumbres no adquieras,
Que si bien lo consideras,
A fuerza de repetirlas,
Ya no podrás corregirlas,
Quando corregirlas quieras.

Alex.^o Blanco lo g.^o

lir de él; pero aun no lo habia visto todo; y todavia se halló mas sorprehendido al notar gravadas en una piedra las cláusulas siguientes:

Caminante extraviado, si la desgracia te conduce á este asilo, aprovéchate de lo restante de las provisiones de un infeliz que aquí ha vivido treinta años. Busca, trabaja y vivirás.

Esta inscripcion los dió mucho aliento; les decia que buscasen y trabajasen. Al instante tomó Campagne de la mano á Benita; entraron en el edificio, y registraron los rincones mas secretos. Efectivamen-

te, hallaron en la sala baxa una considerable cantidad de harina, un horno para cocer pan, todo género de utensilios caseros, y una grande acina de leña. Si nos vemos, dixo Campagne, precisados á vivir aquí por largo tiempo, á lo ménos no nos morirémos de hambre: ¿qué hemos de hacer? Usted está muy cansada: dexemos las investigaciones para mañana; hagamos fuego, y aun pan, y pasemos la noche en esta casa subterranea.

Así habló Campagne, y la jóven Benita, que un momento ántes temblaba espirar de necesidad en este obscuro asilo, cobró alien-

to. Apretó la mano á Campagne, y prometió ayudarle en quanto sus fuerzas se lo permitieran. Sosegaos, hija mia, la dixo este fiel criado; el que ha vivido aquí se ha provisto de todo, como veis; sin duda conocia los rodeos confusos de esta mansion; y pues él ha salido de ella, tambien saldremos nosotros: no hay que desesperar.

Dicho esto, se puso á hacer fuego, y pasó largo rato en calentar el horno. Entretanto Benita traxo agua: ayudó á su amigo, que convirtiendo la harina en pasta, puso á cocer un pan grosero,

pero muy necesario, porque el hambre los fatigaba mucho. La sola vista del pan que iban á comer sostenia sus fuerzas abatidas; le miraban con ansia, y estaban dispuestos á comerle, sin esperar á que se enfriase. Así pasaron gran parte de la noche, sin mas luz que la del horno, temblando de miedo al menor ruido que el ayre hacia en la caverna, y gimiendo el cruel destino que les esperaba.

En fin, pudieron comer aquel pan tan deseado; se hartaron, y apagaron su sed con un cántaro de agua del arroyo. Despues de

cena tan frugal, se durmieron en sus respectivos sitios, y no despertaron hasta despues de muy entrado el dia. Campagne recorrió de nuevo la casa, y á cada instante hacia nuevos descubrimientos. Encontró sacos llenos de toda especie de legumbres, un tonel lleno de manteca, y muchas viandas saladas. Benita, al ver tantas provisiones, saltaba de alegría; pero si el solitario que ocupó este sitio, no se descuidó del alimento del cuerpo, tampoco se olvidó del del alma, reuniendo muchos libros instructivos y morales, para direccion del entendimiento y



consuelo del espíritu. Libertad y un jardin faltaban únicamente en este sitio, porque las demas comodidades de la vida se encontraban con abundancia. Campagne, despues de haber exâminado todas sus riquezas, tomó de la mano á Benita, y fueron otra vez á registrar las largas calles del subterraneo; pero temiendo perderse en ellas, ó no volver á hallar su querida casa, hicieron señales en las paredes á cada ángulo de las calles. Su exámen fué tan infructuoso como el anterior. Volvieron á su casa, y prepararon para alimentarse algunos manjares que comieron tristemente. Despues de comer

hicieron nuevas investigaciones, todas inútiles; y entónces Campagne dirigió á Benita las razones siguientes.

Ya veis que nos es imposible salir de tan lóbrega morada; nos hallamos enteramente excluidos del mundo; y yo experimento tan cruel destino por haberos seguido, y obedecido á vuestros padres. Os debo todos mis cuidados, atendida la flaqueza de vuestra edad; pero vos tambien me debeis toda vuestra docilidad. Permanezcamos aquí, pues lo ordena el cielo, hasta que él mismo nos proporcione la salida; pero entretanto será preciso que os sir-

vais vos misma, y que me ayudeis á trabajar. Aquí no hay amo ni criado, pues la desgracia ha igualado nuestras condiciones. Voy á serviros de padre; pero bien conocereis que no os sufriré lo que él os sufriria: y así exîjo de vos la mayor dulzura, ofreciendoos que de mi parte experimentareis la mayor condescendencia y el mas fino afecto. Ya veis á qué desgracia nos ha conducido vuestra indocilidad, pues nos ha separado de vuestros padres, y aun de todo el mundo. Quiera Dios que este defecto y sus conseqüencias produzcan en vuestra alma un amargo y sincero arre-

pentimiento, y que se cambie enteramente vuestro altivo y obstinado carácter. No lloreis, Benita, y miradme en adelante como á un padre tierno y sensible, que quiere perfeccionar vuestra educacion, corrigiendo vuestros defectos, para haceros digna de la sociedad, si alguna vez llegamos á recobrarla.

Benita, penetrada de dolor, se arrojó á los brazos de su amigo: le prometió la mayor sumision, y le pidió perdon de la desgracia que por su culpa experimentaba. Campagne se enterneció; la abrazó, y desde el mismo instante, buscó los

medios de hacer mas cómodos los muebles de la habitacion, para pasar con ménos trabajo todo el tiempo que se viesen precisados á vivir allí. Hizo dos camas, que puso en aposentos separados, para lo qual no le faltaron colchones ni sábanas. Tambien halló alguna ropa blanca en un armario; y quedó á cargo de Benita el lavarla en el arroyo, componerla y guardarla, como tambien atender á las menudencias de la cocina, cuyo manejo seria preciso que aprendiese. A todo se prestó con la mayor complacencia; quanto se la encargaba tanto cumplia con una do-

cilidad y aplicacion que encantaban el corazon del buen Campagne. En los ratos ociosos se aprovechaba de los libros; y por este medio se instruyó y perfeccionó en sus deberes; y en una palabra: su carácter quedó mudado enteramente. Ya no era aquella señorita imperiosa, que despreciaba á todos, y los creia dichosos en solo servirla; era por el contrario una jóven, dulce, aplicada, tierna, y tan amable que apetecia con ansia las ocasiones de servir á su compañero, y ayudarle en todo; y para decirlo de una vez, era enteramente opuesta á lo que ántes

habia sido: ¡tan cierto es que la desgracia muda las gentes!

Veía Campagne con el mayor placer esta mudanza; y así ponia todo su conato en divertir á su discípula en aquella melancólica soledad. La contaba mil historietas, jugaba y corria con ella por las calles del subterraneo, inventaba juegos para distraerla, y de dia en dia se interesaba mas por ella. Muchas veces hacian juntos investigaciones en aquel laberinto, porque nunca desesperaban de salir de él, aunque jamas habian podido hallar la boca de la caverna por donde habian entrado; y encontraban va-

rias calles cerradas en sus extremos, con escombros y fragmentos de peñascos. Benita habia propuesto á su amigo que trabajase en quitar aquellos escombros, por si hallaban salida; pero Campagne lo graduaba de impracticable. Con todo, le quedaba una esperanza sola, y era que al fin de una de las avenidas, que conducian á la casa, habia hallado una enorme puerta de hierro, que sin duda era salida para el campo: pero ni tenia llave ni instrumentos proporcionados para abrirla ó romperla. Muchas veces se ponian junto á ella á escuchar, por si oian gentes, y

llamarlas para que los socorriesen; pero jamas percibian el menor ruido, y era de temer que esta puerta comunicase á otros subterráneos. Acaso el solitario, á quien reemplazaban, tenia la llave, y tal vez por allí iria á buscar sus provisiones; pero no habia dexado escrito su secreto, y era preciso reducirse á gemir y esperar...

¡Esperar! la perspectiva era terrible, pues si llegaban á faltarles los víveres era preciso morir de hambre. Benita los economizaba; pero comunicaba varias veces este temor á Campagne, quien se esforzaba á tranquilizarla. Entretanto ella

estudiaba, trabajaba, y cada dia se hacia mas perfecta. Sin embargo la melancolía obscurecia su frente; pensaba en sus padres, suspiraba por ellos, y no podia perdonarse sus defectos. Su amigo, en estos ratos de tristeza, enjugaba sus lágrimas, y la animaba á esperar que algun dia se veria en el seno de su familia; y la muchacha le abrazaba, y le consolaba lo posible.

Habian pasado ya cerca de un año en esta triste soledad; y aunque Campagne siempre encontraba nuevas riquezas en la habitacion, las provisiones se disminuian con-

siderablemente, con lo que los pesares de Benita se hiciéron mas crueles. Muchas veces iba al arroyo, y allí mezclaba con sus aguas sus lágrimas, y se entregaba á todo el exceso de su dolor; pero un dia que habia llorado amargamente sobre su suerte, volvió á la habitacion, y quedó atónita de no encontrar allí á su amigo. Varias veces habia advertido que desaparecia, sin que ella supiera donde iba; y aunque acerca de esto le habia comunicado sus temores, Campagne no hacia mas que reirse, y asegurarla; pero esta vez se hallaba bien cierta de haberle

visto salir, y no estaba en la casa: ¿pues dónde estaria? A su sorpresa se siguió su espanto: tembló quedar abandonada: llamaba, gritaba, y nadie la respondia: ¡pobre muchacha! ¿quedarás efectivamente entregada á los horrores de la soledad? Un amigo ingrato y aun bárbaro, ¿te habrá abandonado? ¡quánto me conmueven tus inquietudes!

Lloraba Benita, y exclamaba: ¡ó amigo mio! ¡ó tú que me servias de padre y de todo en la naturaleza, ¿habrás abandonado á tu Benita? ¿á tu hija adoptiva? ¿Qué motivo te ha dado para que hu-

yas de ella? Su corazon estaba mudado; tú habias formado su carácter; ella te amaba: ¡y tú la abandonas!.. No, no es posible que hayas podido dexarla sola en este funesto albergue: sin duda algun accidente... ¿pero qué accidente? Nadie ha comparecido en este sitio... ¡ah! ¡yo he perdido mi amigo, mi apoyo y mi consuelo! amado padre, dulce madre mia, ¿qué haceis? ¿en dónde estais? ¡que no podais venir á socorrer á vuestra hija abandonada por su amigo, así como vosotros la abandonasteis en otro tiempo! ¡oh! si pudieseis conocer su ar-

repentimiento, y oir sus dolorosos acentos! ¡padre!... ¡madre!... ¡amigo!.. ¡todo el mundo se ha alejado de mí! Apénas habia acabado estas razones, quando vió vacilar un armario arrimado al muro. Cayó ¡ó Dios! ¡qué objetos se presentaron á los ojos de la feliz Benita! Su padre y madre seguidos de algunos criados con faroles: Campagne tambien los acompañaba, y exclamó: vedla, ved á vuestra hija, muy digna ahora de serlo.

Sin saber cómo se halló Benita entre los brazos de sus padres, que la llenaban de caricias, diciéndola

al mismo tiempo: si la experiencia que te hemos hecho padecer ha podido mudar tu carácter, quedarás bien recompensada de las penas que has padecido, recobrando toda nuestra ternura.

Nada de quanto veia comprehendia Benita. No podia hablar; estrechaba apretadamente entre sus brazos á los autores de su ser, y esperaba que la explicasen este maravilloso conjunto de circunstancias. Dexemos este sitio, la dixo su madre; te hallas á dos pasos de tu casa; vuelve á entrar, pues que ya mereces vivir en ella para siempre. Al instante la tomó de la mano,

la hizo subir por una escalera tortuosa y altísima, y luego se encontró en el jardin, y estancias de sus padres. ¿Podré creerlo? exclamó: ¡ó felicidad! ¿cómo es esto? — Voy á decírtelo, hija mia. Sabe que no pudiendo corregir por otros medios los muchos defectos que tenias, y te hacian odiosa á todos, tu padre y yo tomamos la resolucion de alejarte para siempre de nosotros, haciéndote aprender á trabajar para que pudieses mantenerte. De repente le ocurrió á tu padre, que quando compró este antiguo castillo, habia encontrado en él unos subterraneos que se extendian á lo largo

del cercano bosque. Baxo las oficinas que estan al extremo del jardin, habia en el subterraneo una especie de casa, que segun se dice, fué en otro tiempo construida por un loco poseedor del castillo, que se retiró á ella por un efecto de sus manías. Tu padre proyectó confinarte en ella, hasta que tu carácter se mudase enteramente. Participamos esta idea al honrado Campagne, que merecia toda nuestra confianza; éste se obligó á buscar medios para hacerte entrar en la gruta, á cuya entrada habia trabajadores preparados para cerrarla quando fuese tiempo oportu-

no, y precisaros á los dos á vivir en el subterraneo, cuidando nosotros de que no os faltasen las provisiones, lo que nos era fácil, como has visto; y qualquiera que hubiese reflexîonado mas que tú, tendria por imposible que un sitio tan sombrío, y separado del resto de las gentes, ofreciese todas las comodidades que habeis tenido por espacio de un año. Creo que nada os ha faltado, y quantos descubrimientos hacia Campagne diariamente, no eran sino efecto de nuestra atencion á que nada os faltase. Tenia órden éste de acostumbrarte al trabajo y al estu-

dio, y le habiamos transmitido quanta autoridad tenemos sobre ti. Te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida; tu carácter se há dulcificado, y te has hecho prudente y laboriosa. Varias veces por detras de esta alacena, te hemos oido discurrir y razonar con el mayor juicio, lo que nos ha servido de infinita satisfaccion: en fin, hija mia, hemos abreviado tu destierro, abriéndote las puertas de la prision; y ve aquí el secreto de tu detencion en la casa subterranea.

Benita, despues de esta expli-

cacion, abrazó de nuevo á sus padres, deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne; y desde entónces continuó siendo un modelo de bondad, dulzura, y virtudes sociales. Yo la he conocido, queridos mios, yo he conocido á la amable Benita quando era ya anciana, y madre de una numerosa familia. Ella misma me contó la historia de su juventud; y yo os la refiero para estimularos con este exemplo á que seais siempre dulces, honrados, y humanos con todos los que os rodean: pues si Benita lo hubiera sido desde los principios, no habria ex-

perimentado la terrible prueba de la casa subterranea.

Mucha impresion hizo en los muchachos esta historia; y Adela, sobre todos, que conocia se la podia aplicar, se puso como un fuego, y se retiró confusa. Los demas habláron algun rato de lo maravilloso de este suceso, y luego cada qual se retiró á entregarse á las dulzuras del sueño.

TARDE XXI.

LA DESOBEDIENCIA.

Espanto de los hijos de Palemon.

Así divertia el virtuoso amigo de Palemon á nuestros muchachos, que estaban contentísimos oyendo sus divertidos cuentos; pero les faltaba un hermano que participase de sus placeres, y se aprovechase de las lecciones morales que se les daban. Benito permanecia en la carbonera: sus hermanos carecian de noticias suyas, y no se

atrevian á preguntar por él. Muchas veces habian tenido impulsos de arrojarse á los pies de Palomon, é interceder por Benito; pero el temor de aumentar el enojo de su padre, los habia contenido. Tambien les habia ocurrido ir á consolar á su hermano en el destierro, aprovechando para esto alguna ocasion en que su padre se ausentase lo bastante para escaparse furtivamente, y estar de vuelta de la cabaña ántes que su padre. Palemon, que penetraba todos sus proyectos apénas los formaban, quiso experimentar si su desobediencia llegaria á tanto, que ve-

rificasen sus ideas; y los puso en la ocasion de executarlas, sin que lo recelasen, por el medio siguiente.

Mr. de Lonchamps tenia que visitar á un amigo que vivia unas cinco ó seis leguas distante de la granja, y persuadió á Palemon que le acompañára, añadiendo: acaso no podremos volver esta noche; pero todo se reduce á madrugar mañana, y estarémos en casa para el anochecer. Accedió Palemon, y dixo á los muchachos: os dexó por un solo dia; durante mi ausencia os reunireis, como siempre, en el terrazo; Armando tiene el libro

grande, os leerá algunas historias para entreteneros; y á mas de eso, para que sintais ménos mi ausencia, os concedo permiso de jugar todo el dia; podreis hacerlo en el prado inmediato á la puerta; pero cuidado con no desviaros, porque hace algun tiempo que una quadrilla de ladrones infesta estas cercanías. A Dios, hijos mios, no olvidéis lo que os acabo de decir, que mañana nos veremos, y proseguirémos nuestros exercicios acostumbrados.

Los muchachos abrazaron á su padre, que salió con su amigo. Apénas habian partido quando Adela

llamó aparte á Leon y Julio, y les dixo: tenemos por nuestro todo el dia, y así podemos verificar el proyecto de ir á ver á Benito: ¡quánto debe padecer léjos de nosotros! ¡qué desconocido estará! Vaya, vamos, vamos. — ¿No hay mas que vamos? dixo Leon; ¿y Armando? — Armando, respondió Adela, está demasiado ocupado en sus matemáticas; fuera de que si supiese algo, no nos dexaria ir. Escuchad: esperemos la hora de jugar en el prado, á fin de que Marcela no sospeche nada; Armando no concurrirá, porque no le gustan nuestros juegos; y así

que los dos estén descuidados nos pondrémos en camino. No hay mucha distancia, y no harémos mas que ir y volver. — ¿Y los ladrones que padre nos ha dicho? — Siendo de dia no hay que temer, y para la noche ya habremos vuelto; pero á mas de eso, ¿no somos tres? — Eso es cierto, ¿qué miedo podemos tener? yo llevaré el sable de papá, Julio un buen garrote, y tú tambien, si te parece, te armarás: no hay cuidado.

Concluido así el proyecto, los tres saltaban de alegría pensando en el gusto que iban á disfrutar, y comieron tranquilamente con Ar-

mando, sin darle parte de su designio. Acabada la comida Armando les señaló la hora de reunirse en el terrazo donde queria leerles una historia; despues subió á su quarto, encerrándose en él para trabajar; y en tanto que Marcela estaba ocupada en los oficios domésticos, nuestros tres amigos salieron al prado, y se pusieron á correr y travesear. Al cabo de una media hora, sin el menor recelo, tomaron el camino del bosque en donde estaba Benito que se hallaba muy descuidado de semejante visita. Habia mas de una hora de caminc. El parage en que se hacia el car-

bon, estaba muy retirado en el fondo de una espesura, y para llegar allí, solo habia una estrecha senda. El dia que fuéron á este sitio con su padre, no tuviéron cuidado de reparar en la senda; y ahora tenian bastante trabajo para hallarla. — A la izquierda estaba, dixo Adela. — No, sino á derecha, respondió Julio. — Pues yo digo, repuso Leon, que es menester ir en derechura. Confusos se hallaban, y aun expuestos á malograr su proyecto, quando se les acercó un leñador, á cuya primera vista temblaron, acordándose de los ladrones mencionados por su padre. Sin

embargo, el verse armados los sosegó; y preguntaron á este hombre si estaban muy distantes del sitio en que se hacia carbon, les respondió: ¿quién sabe? la semana pasada se trabajaba allí baxo pero en el dia, para llegar á la nueva carbonera falta una legua.— ¿Para la carbonera de Lagrange?— Sí señores: tomad esta senda á la derecha; luego la que hallareis á la izquierda, que sale á un sitio despejado; y desde allí vereis una espesa humareda que sale de la carbonera: á Dios, señores.

Dicho esto, se fué, y nuestros tres fugitivos quedaron confusos;

¡todavia una legua! ¡Dios mio! ¡qué léjos es! ¿qué hora será? ¡si tuviéramos un relox! ¿proseguimos? Sí; prosigamos, aun no es tarde, y ya lo mismo nos han de reñir por dos horas que por quatro. Vamos, vamos; á lo ménos veremos á nuestro pobre hermano, le daremos mil abrazos, y sin detencion nos volverémos.

Los imprudentes siguiéron el camino indicado por el leñador, sin advertir lo dificil que les habia de ser acertar con él á la vuelta. Caminaron, caminaron, y al cabo descubriéron el humo espeso que despedia la carbonera. A su aspecto

se les aumentó el vigor. Ya no caminaban; corrian, volaban, y llegaban á una especie de cabaña, donde no dudaban hallar á su hermano; pero no estaba allí, y nadie se presentó á sus ojos, de quién se informasen. En esto viéron á lo léjos un muchacho cargado de leña: estaba en chupa, y negro de los pies á la cabeza, la que traía inclinada á la tierra, por lo qual era imposible reconocer sus facciones: ¿si será él? ¿Seria éste aquel Benito, tan hermoso, tan limpio y aseado? Los muchachos no podian creerlo; pero Benito ya los habia reconocido. Arrojó la

carga de leña; y sin reparar en que mancharia los vestidos de sus hermanos, se echó en sus brazos derramando lágrimas. El es: ¿tú eres? ¿vosotros sois? nosotros somos; esto es todo lo que pudiéron decirse.

Luego que se pasáron los primeros momentos de efusion, Benito les preguntó por su padre, y Leon le contó entónces que habian venido ocultamente, y que nunca lo descubriese; añadiendo: nosotros hemos venido á verte, por no poder resistir al deseo de abrazarte y consolarte. Tendrás mucho trabajo: ¿no es verdad? — ¡Si bien

lo supierais! .. Todos los dias Lagrange, que tiene maldito genio, me hace cortar, serrar, liar, y traer la leña del modo que veis; y despues ir por agua á unos estenques... en fin, es un trabajo insufrible, ¡ no dormir sino quatro horas! ¡siempre en pie! y sobre eso no comer sino un pan duro y negro: esta es la vida que paso: ¡ ó Dios! ¡ quánto siento haber irritado á mi padre! ¿ cómo haria para desenojarlo? — Mira, le dixo Julio, no hay sino un arbitrio. Padre volverá mañana, escápate, y ven á pedirle perdon de tus faltas, así en el mismo trage en que te

hallas, que esto le conmoverá mucho mas; y para acertarlo mejor, será bien que te presentes á cosa de las ocho de la noche, para que no te haga volver: pues siendo tan bueno como es, no es posible que te despida á semejante hora. Nosotros apoyarémos tus ruegos, y Mr. de Lonchamps, á quien no conoces y es un hombre muy apreciable, tambien nos ayudará, y sin duda quedarémos satisfechos: ¿qué tal? ¿te parece bien la idea?

Benito solo con abrazos respondió á sus hermanos; les agradeció el consejo, que seguirá, é irá á pos-

trarse á los pies de su padre. Aunque ya le habia ocurrido, le contenia el temor de hacer mayor su delito; pero una vez que estaba seguro del apoyo de sus hermanos, y el de un amigo de su padre, nada temia, y lo esperaba todo. ¿Pero cómo habia de burlar la vigilancia de Lagrange, que parecia su sombra? Mas no desconfió de hallar medios para su fuga. A aquella hora Lagrange, segun su método ordinario, estaba durmiendo en su cabaña: elegirá pues la misma hora pera escapar, y trasladarse á casa de su padre. Benito no podia contener su regocijo; admi-

raba la ternura de sus hermanos, y para quando se reuniese con ellos, se proponia amarlos ternísimamente, y no causarles nunca el mas leve disgusto. Con todo, no estaba muy satisfecho de Armando, pues la sola idea de que no habria permitido á sus hermanos venir á verle, le causaba pena. Nuestro hermano Armando, dixo, es un egoista. — No es tal, respondió Adela; te ama tanto como nosotros; pero encargado particularmente por papá, nos habria obligado á no desobedecerle; y á la verdad debemos conocer que en esto media un poquito de desobe-

diencia de nuestra parte, pues padre nos mandó que no nos alejáramos de la casa; y aun nos aseguró que en el bosque andaba una quadrilla de ladrones. — ¡Patarata! repuso Benito; eso os dixo para atemorizaros. Nunca he oido hablar aquí de ladrones; ni los hay por estos contornos; no teneis que temer; el camino es seguro; yo salgo fiador. — Te creo; pero es forzoso que no tardemos: á Dios, á Dios. — ¿Cómo á Dios? no señor; todavia teneis tiempo: merendareis conmigo, que aunque no puedo ofreceros cosas exquisitas, las hará apreciables el ser ofreci-

das por un hermano : todo se reduce á algunas nueces y avellanas, que son quanto poseo. — No puede ser, nos detendrémos demasiado. — ¿Con qué tan pronto quieres separarte, querida Adela? — No puedes, Benito, conocer quán agradable me es tu compañía; pero... ¿Qué pero? dice Julio: hemos de desayrar á un hermano? ¿no es verdad que lo sentirias, Benito? — ¡Oh! yo te lo aseguro.

Adela no era de parecer de que se detuviesen mas en este bosque; pero los dos muchachos eran intrépidos; el uno sacó á relucir su sable, y el otro hizo ostenta-

cion de su grueso garrote, diciendo á su hermana: mira, con este no temo yo á un regimiento; fuera de que Benito nos asegura que no hay que temer. Padre ha querido asustarnos; pero los padres dicen cosas como estas á los muchachos quando les conviene.

Nuestros valentones tranquilizaron á Adela, la qual consintió en todo. Benito, que hacia punto de honor el obsequiar á sus húespedes, los dexó por un breve rato; y luego volvió cargado con un enorme pedazo de pan negro, y con el sombrero lleno de nueces, avellanas, algunas serbas.

Estendió su provision sobre la yerba, y con cierto ayre de gravedad convidó á sus hermanos á comer, ellos se sentaron, y despachaban los manjares con gentil apetito.

Mi lector, que es amigo de la niñez, habria reido mucho asistiendo á este rústico convite. Hubiera visto á Benito muy oficioso, haciendo los honores de la mesa, servir á sus convidados, cortarles el pan, partirles las nueces, y en una palabra, revestirse del ayre mas atento y obsequioso. Los convidados elogiaron la merienda, y lisongearon de este

modo el amorcillo propio de Benito. Entretanto la noche se acercaba, y las inquietudes, temores y accidentes que iban á experimentar nuestros tres viajantes. ¡Ah, placer de la mesa! ¡en ti se desperdicia un tiempo muy precioso! ¡quántos males has causado! ¿y quáles son los que preparas á nuestros fugitivos niños?

Adela fué la primera que advirtiendo la rapidez con que pasaba el tiempo, se levantó, tomó de las manos á sus dos compañeros, y les precisó á dexar los deliciosos manjares que hacia una hora que estaban devorando, diciéndo-

les: ya es tarde, hermanos; tenemos mucho que andar: ¡y quién sabe si acertarémos el camino! — ¿Pues no lo hemos de acertar?— A la verdad, dixo Benito, no es gran dificultad: la carretera está allí baxo. — Sí, allí baxo; ¿pero por dónde irémos á ella? — Por esta vereda, que dirige rectamente hasta allí.

Miéntras que Benito recogia los residuos del convite, Adela se compuso sus vestidos, y luego mirando á Julio dió una gran carcaxada.— ¿Por qué te ries? — Porque estás tan negro como un carbonero. — Y tú lo mismo; y tambien Leon.

Los tres se rieron á qual mas, mirándose alternativamente ; porque Benito les habia ennegrecido al arrojarse á sus brazos. Luego que se limpiáron quanto les fué posible, se despiéron de su hermano ; encargándole que pusiese quanto ántes en execucion lo que le habian aconsejado. Benito no podia separarse de ellos ; lloraba, los otros correspondian á su llanto, y de nuevo volvian á abrazarle, olvidándose por entónces de las manchas que habian contraido en los anteriores abrazos ; pero estaban muy enagenados para pensar en otra cosa que en el dolor de su

separacion. Mil veces se despidieron, y por fin se separáron, dirigiéndose desde léjos miradas de ternura y sensibilidad.

¡Dulces vínculos del amor fraterno! ¡dichosos los corazones que os conocen, y saben sentir vuestras preciosas impresiones! La amistad de los hermanos, es la prenda de la dicha de la sociedad; pues prepara aquella union y armonía que debe reynar siempre entre los hombres. La ternura fraternal es el primer paso hácia la filantropía; y las virtudes privadas, las virtudes de la naturaleza y el sentimiento son los ma-

nantiales de las virtudes sociales.

Seguian pues nuestros caminantes rectamente la senda que les habia indicado su hermano. Todavía estaban enternecidos del gusto que habian tenido de verle, de su buen recibimiento, de su finura, y sobre todo de los felices efectos que esperaban de los consejos que le habian dado. No hay duda, decia, papá es bueno, sensible y generoso; quando le vea á sus pies le abrirá sus brazos, y se olvidará de todo. A la verdad, Benito, ya no seria carbonero si hubiese manifestado mas docilidad, dulzura y arrepentimiento quando padre le

intimó este castigo ; y si en vez de mostrar una punible audacia, le hubiese pedido perdon, habria venido con nosotros, y todo quedaba concluido. Pero respondió como burlándose, y papá no gusta de que se le replique : y con razon, pues sabe lo que debe hacer para educarnos ; conoce nuestros defectos ; y su placer, y tambien su obligacion, es el corregirnos. Pero verá, oirá á su hijo, á quien ama tanto como á nosotros, y todos nos echarémos á sus pies para desarmar su severidad. ¡Oh! no puede ménos de salir todo á medida de nuestros deseos.

Razonando así, advirtiéron que el sol se ponia, y que unas densas nubes adelantaban la llegada de la noche. Adela temblaba, y sus dos bravos campeones conocian que vacilaba todo su valor. Creciéron sus temores quando acabáron de atravesar la senda, que segun Benito, debia conducirlos á la carretera, pues no halláron camino alguno trillado, sino arbustos, maleza, y multitud de sendas, que cruzándose entre sí, no presentaban punto alguno de direccion.

Entónces sí que se arrepintiéron de haberse detenido tanto con

Benito, conociendo que les seria imposible volver á casa ántes que cerrase la noche; y que lo ménos que podia sucederles era el ser reprehendidos severamente por Armando y Marcela, que sin duda estarian llenos de inquietud, y podian contar á su padrè su escapatoria. Sin embargo era forzoso caminar, y no hallaban quien pudiese dirigirlos.

Considerése á nuestros tres muchachos caminando apiñados entre sí, y temblando como las hojas al menor ruido que oían. No cesaban de caminar, y conociéron que se iban extraviando cada vez mas. Ade-

la estaba casi desfallecida ; no podia dar un paso mas ; pero el deseo de salir del bosque la prestaba fuerzas , se apoyó sobre Julio y Leon, y se esforzaba á vencer el miedo y la fatiga.

Entretanto el cielo se obscureció enteramente , la noche desplegó las sombras con la multitud y espesura de los árboles de la selva ; y solamente se oían las voces melancólicas de las aves nocturnas. Nada se distinguia , todo inspiraba terror , y todo aumentaba el espanto de nuestros caminantes.

Ya estaban casi desesperados,

quando á Julio le pareció que veía á lo léjos una luz, lo mismo advirtiéron los otros, un rayo de esperanza brillaba ya á sus ojos; pero pronto la disipó el miedo, y decian ¿irémos allí? ¿si tropezamos con algunos ladrones?— Mas regular es que sea alguna cabaña de leñadores ó carboneros.— ¿Estas persuadido á eso?— Sí por cierto.

Leon confortó de este modo el ánimo de sus compañeros, y les aseguraba que aun quando diesen en poder de ladrones, nada podian hacer á unos muchachos que ni tenian dinero, ni los vestidos que

llevaban podia excitar su codicia. Les persuadió pues á que le siguiesen, porque este era el único medio para salir de aquel inmenso bosque. Los otros suspiraban, pero como no hallaban otro partido que tomar, siguieron á Leon, que parecia mas animoso que ellos. Llegaron al sitio en que habian visto aquella luz, y hallaron una especie de caverna que se iba profundizando en lo interior, y en la que no se distinguia otro mueble sino una gran tea encendida, y clavada en la tierra. Sin duda, dixo Adela, este sitio es un alvergue de malhechores.—No creas tal, respondió Leon;

y llamaba desde la entrada del subterraneo ; nadie le contestaba ; y el eco de sus voces se repetia á lo léjos en la gruta. Volvió á llamar, y sucedió lo mismo.—¿Entremos? No, dixo Adela conteniéndole : ¿quiéres que nos suceda lo que á Benita. — Déxate de eso , y no tengas tanto miedo.

Leon tomó de las manos á los otros, y entraron en esta especie de caverna. Admirados de no ver á nadie exâminaban el sitio , sin atreverse á internar en él , y solo encontraron algunas escopetas que hacian extremecer á Adela. No sabian que hacer , si permanecer , ó

volver á buscar el camino. En esto se les presentó una feísima vieja que salió del fondo del subterraneo, diciendo: ¿quién me llama?.. ola, ola, ¿qué haceis aquí?

Los muchachos asustados al aspecto de esta horrible Megera quisieron huir; pero de repente entraron en la caverna cinco ó seis vandidos, y dixeron á la vieja: ¿quiénes son estos muchachos, Démona? — No lo sé; acabo de hallarlos aquí registrándolo todo. — ¡Bravo! ¡bravo! dixo uno de ellos: estos serán espías, porque muchas veces la justicia se vale de semejantes picaruelos para descubrir-

nos... Ea, decid, ¿qué buscais en este sitio?

La terrible voz de aquel malvado confundió á los muchachos, los quales apénas pudieron decir que se habian perdido en el bosque. — ¡Mala excusa, exclamó un hombre de grandes vigotes! otros designios son los vuestros, y de quando en quando suelen venir por aquí algunos chicuelos, sin duda para observar. Esto es muy sospechoso; y mejor será que con ellos sepultemos el secreto. ¿Qué os parece, camaradas?

Todos los vandidos fueron de este parecer; y los muchachos co-



De un dulce padre amoroso
A la autoridad sagrada
Nunca resistas en nada:
Obedecela gustoso:
Si el precepto es riguroso,
Hazte á ti mismo violencia:
Venciendo tu resistencia,
Mérito á tu dicha añades,
Porque las felicidades
Son hijas de la obediencia.

nociendo demasiado tarde su perdicíon, clamaban, lloraban; pero nada conmovia á estos bárbaros. Dos de ellos se apoderáron de Adela, y querian darla de puñaladas; otros tres cogieron á Leon, y le pusieron al pecho una pistola; y Julio se arrojó á los pies de la exêcrable vieja, que hacia todos sus esfuerzos para atarle. ¡Espantoso quadro, cuya pintura repugna á mi corazon! ¡ó imprudentes niños! ¿quién podrá libertaros de estos monstruos?

Solo un milagro podia salvar á estas tres inocentes criaturas; que ya se creían sacrificadas; pero ¡ó sorpresa! ¡ó felicidad! Presentáron-

se dos hombres, al parecer extraviados tambien, y atraidos aquel sitio por las clamorosas voces de los muchachos. Entraron, y al momento la vieja y los vandidos, tan cobardes como crueles, se retiraron precipitadamente al fondo del subterraneo. Los muchachos, casi desmayados, se reanimáron, y fueron á postrarse á los pies de sus libertadores, en quienes reconocieron á su padre y á Mr. de Lonchamps.

Su confusion y arrepentimiento los hicieron caer en tierra. Palemon y su amigo los levantaron, diciéndoles: hijos desobedientes, bien merecido teneis... pero no hay que

perder tiempo; salgamos de esta caverna, en que ibais á ser sacrificados si la prudencia y vigilancia paternal os hubieran perdido de vista. Palemon y su amigo tomaron á Adela en sus brazos, dieron la mano á Julio y Leon, salieron de aquel funesto lugar, encontraron la carretera, y se encaminaron á casa sin que el anciano padre hubiese dicho cosa alguna á los muchachos, quienes tampoco tenian valor para pronunciar una palabra.

En casa es donde Palemon se proponia reprehenderlos como merecian; y así que hubiéron llegado los hizo sentar, y les dixo de este

modo: Mi amigo y yo hemos salido de aquí al amanecer con ánimo de volver mañana; pero á cosa de tres leguas hallamos al mayoral del amigo de Mr. Lonchamps, quien nos dixo que su amo estaba en la ciudad cercana, donde se detendria algunos dias. Dimos la vuelta á casa, nos dixeron que faltabais de ella, y al instante presumí que habiais ido á ver á vuestro hermano Benito sin mi licencia. Fuimos á buscaros, y siendo ya tan tarde conociamos que os habiais perdido en el bosque. Le recorrimos, y llegamos á la caverna en el mismo instante en que los ladrones de que

os habia hablado iban á quitaros la vida. Favor del cielo ha sido ; pero no os diré ahora lo que pienso en órden á esto, respecto que es tarde y estamos cansados ; y así lo que importa ahora es retirarse cada uno á su quarto, que mañana nos veremos.

Pronunció Palemon estas palabras con tono irritado. Los tres muchachos, penetrados de sentimiento se retiraron ; y su padre cenó tranquilamente con su amigo y con Armando, á quien nada habló de este asunto. Mañana veremos como Palemon habia dispuesto el suceso de los fingidos ladrones,

que eran unos leñadores, con quienes se habia convenido para castigar la desobediencia de sus hijos; aunque mirada á fondo, le parecia digna de indulgencia, como puro efecto de la ternura fraternal.

TARDE XXII.

LA INDULGENCIA.

Historia del hombre invisible.

Fácil es de adivinar que nuestros tres viajeros no habian pasado buena noche: pues fatigados de tanto caminar, y asustados de los peligros que habian corrido, como de las amenazas de su padre, no habian podido reconciliar el sueño. Apénas amaneció se levantáron y reuniéron en la huerta, como para confundir sus sentimien-

tos y temores. Al instante se pusiéron á hablar de lo sucedido el dia anterior, y decian, ¡qué feliz casualidad! ¡qué fortuna que papá hubiese llegado tan á tiempo! si no por él, los malvados nos matan sin remedio: ¡qué buen padre! ¡y qué pesadumbre le hemos dado! Pero ¿quién habia de pensar que volveria tan presto? Muy colérico está, pero con mucha razon: yo tengo la culpa de todo. — No, Julio; yo fuí quien propuse el viage. — No, hermanos mios, yo fuí... ¿pero qué nos cansamos? todos somos culpados; y lo que nos importa es desar-

mar á papá. Algo nos disculpará el motivo, no podrá resistirse á nuestros ruegos, y alcanzaremos el perdon.

Así discurrian; pero sus corazones latian de terror al pensar que habian de presentarse á su padre. Sin embargo era forzoso sufrir esta tempestad; y temblaban las conseqüencias, no tanto con respecto á ellos, sino hácia Benito, á quien habian aconsejado que viniese aquel mismo dia.

Llegó en fin el momento tan temido. Palemon hizo llamar á su quarto á los tres, que se le presentáron anegados en lágrimas. No

se habian engañado, pues la primera mirada de su padre fué un rayo que los confundió. ¿Os acordais, les dixo, de la órden que os dí ayer por la mañana? — Sí señor. — ¿Quál fué? — Que no nos alejásemos de casa. — Muy bien: ¡lo que es la memoria es excelente! ¿y habeis cumplido con mi órden?... ¿no respondeis? ¿me habeis obedecido? — No señor. — ¡No! ¿y qué hariais en mi lugar con unos hijos desobedientes. — ¿Papá?... — Adelante. — Perdonadnos: nosotros queremos infinito á nuestro hermano Benito: vos mismo nos habeis

inspirado estos sentimientos del amor fraternal: muchas veces nos habeis encargado el amarnos, protegernos, y defendernos recíprocamente: si os hubiésemos desobedecido por ir á jugar, ú otra cosa semejante, tendriais mas razon para castigarnos; pero habiendo sido por abrazar y consolar á un hermano infeliz, agoviado con el peso de vuestra cólera, merecemos alguna disculpa: ¡ó papá! perdonad nuestras faltas, pues son como una especie de conseqüencia de las lecciones que nos habeis dado.

Leon era el orador; y Pale-

mon se alegraba interiormente de la energía de su jóven poeta; pero aunque le agradó mucho el gracioso artificio con que se defendia, conoció que era preciso rechazar su eloqüencia con razones sólidas; y afectando mucha severidad, le dixo: señor mio, estoy muy léjos de reprehender la ternura que profesais á vuestro hermano: todo lo contrario, la apruebo con todo mi corazon. Solo me quejo de que no me habeis pedido licencia para ir á verle: ya veis que... — ¡Ah señor! ¿y nos la hubierais dado? — Eso es otra cosa: hubiera hecho lo que me pa-

reciera; pero suponiendo que me la hubieseis pedido y os la hubiera negado, veo que habriais despreciado mis ordenes; conozco que vuestra desobediencia es mucho mas criminosa de lo que pudiera imaginar, pues vosotros os habeis dicho: no hablemos de esto á padre, porque no nos lo concederá. Lo mismo es que si lo hubierais hecho; y en el fondo habeis despreciado absolutamente mis preceptos.—¡Ah papá! no es eso. —¿No? ¿creeis que yo no penetro vuestras intenciones? Vuelvo á decir que no me enoja la visita que habeis hecho á vuestro hermano, sino el no ha-

berme comunicado vuestro deseo: parece que nada sirven mis lecciones: ¿no os acordais de que mil veces os he encargado que me mireis como á vuestro mejor amigo, confiándome vuestros mas ocultos pensamientos? ¿no me lo habeis prometido, hijos ingratos? ¿os olvidais de que soy vuestro padre? ¿No considerais los peligros á que os habeis expuesto por haber despreciado mis preceptos? Muy felices habeis sido en hallar á tal punto á vuestro padre, á aquel á quien sin duda temiais mas encontrar, y cuya presencia, á no ser por aquel accidente, os habria turbado mas

que la de un tirano. ¿ Desde quándo mis hijos se alejan de mí, y temen mi presencia? ¡ah! algun dia conocereis que los regalos mas dulces que el cielo ha hecho á la humanidad, son para un padre unos hijos dóciles, y para éstos un padre tierno y sensible...

Algunas lágrimas se desprendian de los ojos de Palemon: sus hijos lo advirtiéron, y ya no pensáron en justificarse; ántes bien todos se arrojáron á sus pies; y él les abrió á todos sus paternales brazos, en los que se echáron de tropel, y le inundaron en caricias. Ya veo, les dixo, que os ha

sido muy sensible el pesar que me habeis causado, y que estais arrepentidos: ¿no es así? Sí señor. — ¿Me prometeis no hacer nunca cosa alguna sin consultarla ántes conmigo? — Os lo juramos. — Pues yo os perdono baxo esa palabra; y tambien atendiendo al castigo que habeis sufrido, con el terror que experimentasteis. Hijos mios, miradme como al mas fiel amigo: ¿qué cosa reserva un amigo de otro, si lo es verdaderamente? — Nada, nada: todo lo sabrá usted, papá; todo, todo. — Está muy bien: yo tambien lo olvido todo, y conozco que

un padre experimenta el placer mas puro y agradable quando perdona á sus hijos.

Esta escena se terminó en efusiones recíprocas. Julio y Adela abrazáron á Leon, que habia sido su abogado; Palemon se sonrió de sus extremos de alegría; y conoció que quando los hijos se alegran tanto de que se olviden sus defectos, no estan léjos de corregirse. Palemon que nunca perdonaba, sino enteramente, les hizo mil cariños. Comiéron alegremente, y Armando se alegró infinito de ver á sus hermanos reconciliados con su padre: éste

estuvo muy alegre, y tambien su amigo. Al postre se le mandó á Leon que cantase sus dos romances, y lo hizo con una gracia y expresion que encantáron á todos. No los ponemos aquí porque no son de grande interes; solamente seguirémos el curso de este dia, que se terminó como veremos.

Por la tarde, reunidos todos en el terrazo, trataban de elegir algun entretenimiento, quando Marcela dixo: que un sugeto desconocido pedia permiso para presentarse á la familia; pero sin aguardar respuesta compareció al

instante un muchacho negro de pies á cabeza. Adela, Julio y Leon se estremecieron reconociendo á Benito. Palemon se levantó; su frente se armó de una severidad no acostumbrada, y el muchacho se arrojó á sus pies sin poder pronunciar una palabra. Su padre le dixo: ¿qué quereis, señor mio?— Papá, yo soy.... — Un hijo altivo, rebelde y obstinado, á quien yo he desterrado de mi seno. — Señor, conozco que merezco toda vuestra cólera, y que soy indigno de perdon: yo lo confieso; pero ¡si supieseis quánto he padecido desde que estoy privado

de vuestra presencia!— ¿No dixisteis que estariais un mes con Lagrange? pues todavía no se ha acabado.— Es verdad; pero un movimiento de despecho... —¿Con qué estabais despechado? lo siento; pero seguireis en vuestro destierro hasta concluir el término que vos mismo os impusisteis.

Dicho esto, Palemon queria retirarse; Leon, que por la mañana habia defendido tan bien su causa y la de sus hermanos, quise emprender la de Benito; pero el anciano se mantuvo inexôrable, y no cedió sino á las instancias de su amigo Lonchamps.

Este salió garante de la docilidad y sumision que prometió Benito para en lo futuro, y Palemon no pudo resistir á los ruegos de su amigo, y las lágrimas de sus hijos. Por fin abrazó á Benito, diciéndole: yo sabré, amigo mio, recompensar las virtudes de mis hijos con la ternura paternal; pero tambien corregiré sus defectos con toda la severidad de un juez: y sirva á todos de leccion tu exemplo. No desterraré á un subterraneo al que se exceda, como hiciéron los padres de Benita; pero le emplearé en labores útiles, trabajará como tú has trabajado, y

no le recibiré en mi casa hasta estar seguro de su arrepentimiento. Pero olvidemos todo, y vuelva á renacer entre nosotros la alegría acostumbrada. Vete, Benito: haz que desaparezca el aprendiz de Lagrange, y que se me presente mi hijo.

Entendió muy bien Benito esta órden, por lo que al instante fué á mudarse de vestido y limpiarse; y volvió á abrazar á su padre con su trage acostumbrado. Luego se colocó junto á sus hermanos, ya no se trató sino de entretener la tarde, y Mr. de Lonchamps se encargó de esto. De-

bia ausentarse al dia siguiente, y manifestó á los muchachos quanto se alegraba de ver, ántes de dexarlos, reynar la paz y la dicha en una casa cuyo hospedage le habia sido tan agradable. Estos, que deseaban gozar mas tiempo su compañía, le preguntaron qué era lo que le obligaba á viajar tanto; y les respondió, que solo á ellos les diria la causa. Vosotros, continuó, estais muy deseosos de saber mis aventuras: no será larga mi relacion, ó á lo ménos procuraré abreviarla: escuchadme, y acaso aprendereis una leccion nueva de moral y de paciencia.

Nací en el seno de una gran ciudad, donde el tumulto de los placeres me arrastró en mi mas florida edad á excesos cuya memoria me llena ahora de rubor. Despreciando absolutamente los cuidados de mi educacion, llegué á conocer muy tarde que el hombre que malogra el tiempo de su juventud se prepara crueles disgustos para el resto de su vida. Tenia veinte años; y hallándose en mí tan amortiguado el fuego de las pasiones como pudiera estarlo en un hombre de quarenta, conocí que era preciso entregarme al estudio. Mi padre era un

buen anciano, muy melancólico, muy cansado de su exîstencia, que no cuidaba de mí, procediendo lo mismo que si no tuviera hijo; y por el contrario, él era el primero que me inclinaba á la libertad y disipacion. Su único placer era pasar solo dias enteros en su gabinete, cuya llave quitaba para que nadie entrase á interrumpirle. Muchas veces suspiraba profundamente, y lloraba sin que yo me diese por entendido de tales estremos, pues muchas veces le habia preguntado la causa y jamas quiso decírmela. De esta conducta de mi padre resul-

tó que yo, como ya lo he dicho, me entregase á todo género de extravíos, que por fin trastornáron mi salud. Caí en una especie de consumcion; y mi padre, á quien habia en mi interior acusado de negligente acerca de mi suerte, me manifestó entónces que sabia llenar todos los deberes de la ternura paternal. Viéndome este buen padre en un estado de debilidad que podia conducirme al sepulcro, no me dexó de dia ni de noche, hasta que me recobré; y entónces me aconsejó que volviese á emprender los estudios, que habia descuidado de-

masiado. Los dos solos, porque mi madre habia perdido la vida al dármela, nos aplicamos á los libros, y mi padre se hizo maestro mio. Con todo, siempre en él observé el mismo fondo de disgusto, y la misma manía de encerrarse muchas horas en su misterioso gabinete, en el qual entraba yo muchas veces, sin que jamas todo mi cuidado y exâmen pudiese penetrar qué ocupaciones eran las de mi padre en aquella estancia. Me aventuré un dia á preguntarle acerca de este extraño secreto; y la respuesta fué suspirar, derramar algunas lágri-

mas, y decirme: ¡ó amado hijo! no procures arrancar de mi pecho este importante secreto. Demasiado pronto le sabrás, y conocerás las desventuras de tu padre. Confuso al oirle tales expresiones, tomé el partido de callar, y esperar á que el tiempo me hiciese digno de la confianza de mi padre.

Entretanto trabajaba á su vista, y recuperaba el tiempo perdido con una actividad que le embelesaba. Mi salud no era de las mejores, pero tenia esperanza de acabar de restablecerme; y disgustado de los vanos placeres de la sociedad, to-

dos mis gustos y deseos se habian convertido á las artes y ciencias, las quales, segun mi padre, debian ser mi único recurso algun dia; pero yo, prescindiendo de este motivo, las cultivaba por inclinacion, pues no tenia otro gusto que el que ellas me inspiraban.

Se acercaba el momento en que iba á conocer la solidez de las razones de mi padre, cuya vida se acercaba á su fin. Enfermó peligrosísimamente, y entónces se le acrecentó mucho la melancolía que hacía tanto tiempo le dominaba. Parecia que sus ojos iban á saltar de sus orbitas, no proferia sino

exclamaciones vagas, y yo temblaba á un tiempo por su juicio y por su vida. Resolví por lo mismo aprovechar el primer momento para arrancarle el secreto; pero estaba decidido que no habia de lograrlo. En vano le hice varias preguntas, pues parecia atormentado de grandes remordimientos, ó entregado á la mas espantosa desesperacion. No pude conseguir la menor luz, y solo me señalaba su buró, cuya llave nunca dexaba, exclamando: allí está, allí está. En fin le sobrevino un furioso delirio, y segun sus expresiones, veia una muger con

el cabello enmarañado, que le llamaba, y le arrastraba al fondo de su atahud; que un cruel anciano estaba preparado á traspasarle el pecho con un puñal; y que este puñal estaba siempre pendiente sobre su cabeza. Suplicaba á quantos rodeaban su lecho que apartasen de su vista aquel sangriento acero; pero en vano le decia que ya estaba obedecido, pues siempre veia resplandecer aquel instrumento de muerte. En una palabra, su delirio excitaba á un mismo tiempo horror y compasion.

Quando ví que me era imposible recibir de él explicacion alguna,

me consolé creyendo que el buró contenia papeles concernientes á este terrible secreto, y aunque siempre estaba la llave en su poder, supuse que si por desgracia moria pasaria al mio, y descubriria entónces lo que me ocultaba con tanta obstinacion; pero hasta este recurso me negó la suerte. Durmióse profundamente una noche, y yo me aproveché de esta coyuntura para entregarme tambien al sueño, que no habia disfrutado en muchos dias. Dexé con mi padre un criado de confianza, encargándole que observase todos sus movimientos, y

que si despertaba me llamase. El criado ofreció cumplirlo; pero apénas volví las espaldas, quando fatigado de las muchas noches que habia velado, se durmió en una silla de la estancia inmediata, y roncaba con tal estrépito que despertó al enfermo. Este mirando á todas partes, se vió solo, tomó un capote, y á pesar de su debilidad se levantó; y apoyado en un baston se llegó al buró, le abrió, y despues de haber amontonado en el quarto muchas cartas y papeles, les dió fuego con la vela que alumbraba la estancia; y sin mas precaucion se vol-

vió poco á poco á su cama. Esto solo basta para que podais conocer en qué estado se hallaba su juicio.

A muy pocos momentos un espeso humo anubló toda la estancia; las llamas tomaron cuerpo, y despertaron al criado, que asustado de este accidente corrió por toda la casa gritando: fuego, fuego. A sus voces me levanté apriesa, baxé al quarto de mi padre, y penetrando por las llamas le tomé en mis brazos, le llevé ya moribundo á mi quarto, y le puse en mi cama. En tanto que yo me empleaba en aplicarle esencias para

reanimarle, se apagaron, á fuerza de agua, las llamas que consumian los papeles. Me informé del criado, el qual me confesó que se habia rendido al sueño, y que no sabia cómo habia sucedido aquello. Mi padre mismo, mi padre fué de quien lo supe. Sí, me dixo, yo he quemado todos esos funestos papeles, pues el deseo de borrar hasta la mas leve señal de mis desgracias, me ha dado fuerzas. Ya no exîsten, y así moriré tranquilo.

Considerad quál seria mi confusion. Hay ciertas sensaciones inexplicables, y tales eran las mias. El moribundo estaba delirante, y

yo quedaba ya sin esperanza de descubrir sus secretos. Supliqué á los médicos que nada omitiesen para que siquiera algunos momentos recobrase el juicio; pero todo fué inútil. Espiró en mis brazos, y con él espiráron mi consuelo, mi felicidad y mi esperanza.

Aquí, amigos mios, comienza la aventura mas admirable y extraordinaria que puede verificarse: aquí comienzan mis inquietudes, mis pesares, los motivos que me han hecho viajar desde la muerte de mi padre, y que todavía continúan, y me precisan á dexaros mañana para visitar nuevas comar-

cas. Prestadme la mayor atencion, pues vais á conocer al perseguidor de mi padre, al mio... ¿ qué digo? conocereis á mi bienhechor, á un hombre singular, á quien nunca he visto, y que sin cesar me sigue á todas partes, me llena de regalos, y á quien tanto para vosotros como para mí llamaré *el hombre invisible*.

Apénas habia espirado mi padre quando traté de recoger su herencia. Nunca habia sabido el estado de su fortuna, pero yo era hijo único, y por consiguiente único heredero. No sabia que mi padre tuviese tierras, posesiones, ni ca-

sas, pero la nuestra estaba montada sobre pie de mucha opulencia. Mi padre gastaba mucho, y tenia muchos criados; ocupaba una gran casa cuyo alquiler era muy subido; y nunca me habia hablado de sus bienes, ni yo jamas le hice sobre esto la menor pregunta. Lo que mas sentia era no haber penetrado la causa de la tristeza que le habia conducido al sepulcro, y se me acrecentó este pesar quando abriendo el buró no hallé en él sino cartas y papeles de ninguna conseqüencia. ¿De qué vivia este hombre? decia yo para mí: ¿quáles eran sus recursos?

pues yo nada veia sino unos muebles, preciosos á la verdad, pero no tanto que con su importe pudiese mantenerme con decencia. En estas reflexîones estaba sumergido, quando me entregáron una carta, traida por un desconocido, muy bien puesto (segun informes del criado que la habia recibido) y que para este efecto habia baxado de un coche. Oid esta extraordinaria carta, cuyo contexto nunca se me olvidará.

Nada temas, amable hijo de un padre demasiado infeliz; nada temas en órden á tu destino; este depende de un hombre que

siempre ha velado sobre tu familia, y nunca te abandonará; pero procura merecer sus bondades, y borrar la mancha que la tuya ha impreso en su frente: esto lo reconocerá en tu docilidad, y en la confianza que tengas en él.

¡Júzguese mi sorpresa! ¿De dónde me venia este raro aviso? ¿Quién en toda la naturaleza se podia interesar en mi suerte? Jamas habia oido decir á mi padre que tuviese parientes ni aun amigos, y el que me escribia suponia haber velado siempre sobre mi familia, y por consiguiente sobre mi padre. Seria acaso este el motivo del tormento in-

terior que consumia á este respetable anciano?

Esta carta agitó mi espíritu por espacio de algunos dias. Sin embargo me era preciso tomar algun partido. Todas las investigaciones que habia hecho en los papeles de mi padre no habian servido sino para convencerme de que yo carecia absolutamente de bienes, y que todo lo debia esperar de mi industria y aplicacion. Resolví pues despedir los criados, vender los muebles de la casa, y colocarme de un modo ú otro. Executé este proyecto; y despues de vendido todo alquilé un quarto pequeño,

hasta encontrar colocacion que me permitiese vivir con mas comodidad. Al segundo dia de mi mansion en esta casa, situada en París en la calle de la Universidad, salí para visitar á algunos conocidos que me favoreciesen. Volví por la noche, y me dixéron que un hombre de mediana edad habia estado á preguntar por mí, y que no hallándome, habia dexado una caxa para que me la entregáran. Al instante me ocurrió que esta era invencion del incógnito que ántes me habia escrito; y así subí corriendo á mi quarto, abrí la caxa, y me quedé asombrado, pues la primera cosa

que fixó mi atencion fué una carta, que leí al momento, y decia de este modo:

No hagas diligencias para hallar colocacion, yo te lo prohibo, y me opondria á que la obtuvieses. Algun dia disfrutarás un destino brillante. Entretanto te remito una cantidad de dinero, y prontamente recibirás otra, si empleas esta bien. Juntamente te envio el retrato de tu madre, y una sortija que siempre llevaba; pero conserva estas alhajas, si quieres que no te abandone. No te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad. ....

Con mucha turbacion leí cien

veces esta carta. Exâminé los efectos contenidos en la caxa, y encontré en ella mil y doscientas libras, una repeticion, una sortija de brillantes, y un retrato de muger, sobre el qual se fixáron mis ojos con ternura, porque era de mi madre, segun me lo decian. Era bien hermosa; pero la impresion del dolor estaba esparcida en toda su figura. Tenia en su regazo un niño, sobre el qual parecia que derramaba muchas lágrimas. ¡Este niño!.. ¿sería yo?.. Sí, sí: yo soy, figurado en una edad en que somos insensibles á todo ménos á las caricias maternas. ¡O Dios! ¿qué terrible

misterio es este? ¿por qué mi padre jamas?... ¿por qué no he recibido de mi padre este retrato? ¿le tenia en su poder? ¿Por qué casualidad un hombre de quien nunca he oido hablar, y que no quiere darse á conocer, me envia una alhaja tan preciosa? Me perdia en un abismo de confusiones, besaba mil veces el retrato, cuya vista me arrancaba lágrimas, y volví á leer el villete que le acompañaba. Mucho me chocaban estas palabras: *no te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad.* ¿Qué enemigo persigue á un hombre que jamas ha perjudicado á nadie? ¿Cómo estoy

envuelto en tanto riesgo, sin haber cometido delito? Sin embargo este hombre generoso, que se interesa en mi suerte y ha conocido á mi madre, me avisa que salga de París; tambien me prohibe buscar colocacion, y aun dice se opondria á que la obtuviera: ¿quál será la razon de esta conducta? ¿seré juguete de algun mal intencionado, ó tendré la dicha de hallar segundo padre?

Despues de haber reflexîonado mucho sobre estos sucesos, concluí que alguno queria hacerme héroe de novela, y resolví seguir mi primer pensamiento. Me quedé en París, y solicité el favor de mis ami-

gos. Uno de ellos me proporcionó empleo en una oficina, y habiendo de tomar posesion al otro dia, fuí y llegué tarde, pues la plaza estaba ya dada á otro sin saber cómo. No desmayé por esto: conocia al xefe de una administracion pública, me presenté á él, y le rogué que me acomodase en su ramo. Este hombre me llenó de caricias, y me prometió una plaza con dos mil escudos de renta; pero al dia siguiente fuí á visitarle, no me admitió, y me preguntaron si tenia algun enemigo. Respondí que no, y me dixeron: un sugeto de mediana edad os ha descompuesto con el

Señor Director, y tanto que ha resuelto haceros prender si volveis á presentaros: ¡prenderme! ¿pues qué delito he cometido?

Tomé el partido de escribir á este Director para aclarar este enigma, y no recibí contestacion. ¿Quién es pues, decia yo, el que así desbarata todos mis proyectos? ¡ó! no hay remedio: no cesaré hasta desentrañar este misterio.

Buscaba medios para conseguirlo, quando una noche, entrando en mi casa, se me presentó la huéspeda asustada, y me dixo: huid, Mr. de Lonchamps, huid al instante.— ¿Por qué? — Os buscan: muchos

hombres de mala traza han venido á preguntar á qué hora volveriais: andan acechando al rededor de la casa: ¡ ó Dios mio ! huid al instante. — ¿ Huir ? eso seria confesarme culpado. — Vuelvo á deciros que os pongais en salvo : el sugeto que dias pasados me entregó la caxa acaba de irse de aquí , y me ha encargado os dixera que huyais al instante, y que todavía estais á tiempo de hacerlo. — ¿ Cómo ? ¿ el hombre que me envió la caxa ? —Habrá un minuto que se ha ido ; y aun me admiro de que no lo hayais encontrado. — ¿ Pero es invisible este buen hombre? — No señor : si yo

lo he visto como os veo á vos.

No pude ménos de reirme de la sencillez de mi huéspeda, é iba ya á subir á mi quarto para reflexîonar sobre esto, quando ella me contuvo, diciéndome: ¡lo qué es la turbacion! lo mejor se me olvidaba, pues me ha dado aquel hombre este villete y este bolsillo. — ¿Quién? — Vuestro amigo. — ¿Mi amigo? — Sí; aquel buen viejo de quien os he hablado. — ¿El hombre de la caxa? — El mismo.

Abrí apresuradamente el villete, y leí lo siguiente: *no has cumplido mis órdenes: huye al momento si no quieres perder la libertad.*

y la ternura de quien se ve cruelmente atormentado por tu obstinacion. Atónito sobre toda expresion exâminé el bolsillo, y hallé en él mil y doscientas libras. Entónces no me paré á reflexîonar, y atendí solo á obedecer á aquel hombre extraordinario que parecia profesarme el mayor afecto; y sin exâminar qué motivo le animaba, ni quál podia ser mi crímen, hice un lio de mis cosas, pagué á mi huéspeda, fuí á la direccion de carruages públicos, y pedí un asiento de coche. — ¿Para dónde? me preguntó el comisionado, y le respondí turbado; para donde quisiereis. —Pero

señor... — Si yo... — Si fuese para Chartres, al punto podriais salir. — Sí, cabalmente, á Chartres.

No sabia lo que hacia, ni lo que decia; pagué mi asiento, subí al coche, y empecé á caminar. Llegué al otro dia por la noche á Chartres sin saber qué habia de hacer allí. Todas mis ideas eran tan confusas... El incógnito que me protegia no me señalaba camino determinado. Aunque su vigilancia me era pesada, ya empezaba á tenerle cariño sin conocerle; y yo mismo sentia mucho que ignorase mi destino. Estuve dos dias en Chartres, pensando en el partido que toma-

ria; y muchas veces, solo en mi quarto, clamando contra la injusticia de la suerte, decia en alta voz: ¿qué quieren de mí? ¿quándo se acabará esta persecucion? Despues de estas exclamaciones salia á distraerme por la ciudad. La noche del segundo dia quando volví á mi quarto, resuelto ya á dexar á Chartres al otro dia, al acercarme á una mesa ví en ella un papel de la misma letra que los anteriores, que contenia estas palabras: *¿de qué te quejas? velan sobre ti, y nada te falta: viaja uno ó dos años: esto es todo lo que se te pide.*

Os veo atónitos, hijos mios; yo tambien lo quedé; pero esto es nada en comparacion de lo que me sucedió la misma noche. Es tan increible, que casi no me atrevo á referirlo por muy extraordinario. Pero es tarde, no puedo concluir mi historia, y sin embargo quisiera partir mañana.

Desesperados quedaron los muchachos con la interrupcion de una historia que tanto picaba su curiosidad. Advirtiólo su padre, y dixo á Mr. de Lonchamps: ¿quién os precisa á dexarnos tan pronto? — Una nueva órden de mi hombre invisible. — Pues qué ¿todavía no le

habeis descubierto? — No: todavía espero el desenlace de este suceso. — Mucho me ha interesado: quedaos otro dia: yo os lo suplico, y tambien mis hijos. — Mi destino es llevar una vida errante, y así es preciso cumplir esta órden. Sin embargo, por complaceros me detendré un dia en el seno de la amistad, y mañana os acabaré de referir una multitud de sucesos, aun mas raros que los que habeis oido.

Los muchachos agradeciéron á Mr. de Lonchamps su complacencia; y, por decirlo así, rabiaban por saber lo que le habia sucedido

despues de su viage á Chartres. Si mi lector participa de la misma curiosidad, podrá satisfacerla ántes que ellos, pasando sin detenerse á la tarde siguiente.

TARDE XXIII.

LA DOCILIDAD.

Continuacion de la historia del hombre invisible.

Reunidos todos al dia siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps continuó de este modo la relacion interrumpida.

El extraordinario papel que me habia hallado sobre la mesa me causó la mayor admiracion. Yo estaba mas de veinte leguas distante

de París, habia entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista; y sin embargo el incógnito me venia siguiendo, y estaba sin duda muy cerca de mí, pues me habia oido hablar en alta voz dentro de mi quarto, y él era el autor del papel, pues su letra lo aseguraba. ¿Dónde podia esconderse? Salí de mi estancia, baxé á preguntar á mis huéspedes si habia muchos caminantes en la posada, y me respondieron que solo estaban mis compañeros de coche. A todos habia visto, y en ninguno me parecia haber hallado señas de mi invisible, segun la idea que yo me habia formado

de él; fuera de que durante el viage ninguno me habia hablado, y esto parecia imposible á haberse él hallado conmigo dentro de un coche. Pregunté si durante el dia habian entrado algunos forasteros en la posada, y me contestáron que á cada paso entraban y salian gentes; pero que de nadie me podian dar razon individual.

Todas estas respuestas no satisfacian mi curiosidad. Volví á mi quarto, y escribí estas breves razones: *dexaos conocer, hombre asombroso, á quien no sé si debo amar ó aborrecer, y contad para qualquiera caso con mi discrecion.*

Puse este papel sobre la mesa en el mismo sitio en que habia hallado el otro, y dexando sin cerrar la puerta, baxé, no con intencion de ocultarme y ponerme á acechar, sino á hacer tiempo y ver si venian á buscar la respuesta del villete anónimo. Despues de una hora larga volví á subir á mi quarto, y creció mi sorpresa, viendo que en vez de mi papel habia otro que decia así: *eres demasiado curioso: tiempo llegará en que conozcas á quien debes compadecer y amar, el qual, por ahora, solo exîge de ti una sumision que produzca tu felicidad.*

No hay remedio, dixe entón-

ces; preciso es que me contente con este comercio epistolar. Sí, qualquiera que seas, hombre, espíritu, genio maléfico ó benéfico, seguiré ciegamente todas tus órdenes: veo que pareces sombra mia, pues no doy paso que de algun modo no sea determinado por ti. Guíame, dirígeme; y si es para mi bien, como lo aseguras, me verás algun dia agradecer tus bondades, y quejarme al mismo tiempo de la mortal inquietud que agita mi corazon, porque tus beneficios vienen acompañados de un misterio que me mata; y conozco que si has perse-

guido así á mi desdichado padre, no es extraño que la muerte me le haya arrebatado.

Despues de estas exclamaciones, que con cuidado pronuncié en voz alta, baxé á la sala comun, donde todos los viajantes comian, como se dice, á mesa redonda. Pregunté si habia comido alguno en quarto separado, y me respondiéron que tres; pero uno era un religioso, y los otros dos una anciana, y una sobrina suya. Los que tenia á mi vista eran militares, negociantes, mugeres, y todas gentes conocidas, con que seguramente no estaba entre ellas

mi incógnito: ¿pues dónde estaba?

Me acosté temprano, pero no pude dormir. Mil tristes pensamientos afligian mi espíritu, quando me pareció que oía ruido en mi propio quarto, y aun cerca de mí. Pocas cosas me asustan; pero aquella especie de mágia de que me veía rodeado fué causa de que me sobresaltase mucho. ¿Quién es? pregunté; pero no me respondiéron, y cesó el ruido. Creí que mi miedo solo era efecto de hallarse tan exâltada mi imaginacion, y procuré dormir. Al cabo de una hora volví á sentir el

ruido: pregunté ¿quién anda ahí? tampoco me contestáron, y atribuí la causa de mi terror al viento que agitaría las ventanas. Sin embargo resolví levantarme con el mayor silencio, tomar mis armas, y registrar todos los rincones del quarto, que era demasiado reducido para que alguno pudiera esconderse. Fuí pues tentando por todas partes, y no hallando nada, no pude ménos de reirme de mi debilidad. Me volví á la cama, y me sobrecogió un sueño tan profundo que quando desperté ya habia partido el coche de Vendome. Me consolé espe-

rando hallar otros medios para ir á Tours, donde queria visitar á un amigo, y fui á cerrar mis efectos en la maleta; pero con el mayor asombro la hallé sobrecargada de un monton de paquetes. Los desenvolví, y hallé ropa blanca nueva, vestidos ricos, alhajas, y en fin unos regalos magníficos. Sobre uno de los paquetes habia esta cláusula: *premio de la sumision*. No dudé que todo me lo enviaba mi incógnito; pero ¿quién lo habia traido á mi quarto? La puerta estaba bien cerrada: ¿pues á qué hora, quando habian entrado en mi estancia? Segurísimo

yo de que por la tarde no estaban allí tales paquetes, era claro que los habian traido aquella noche; pero ¿quién, quándo, y cómo?

Considerad las reflexîones que yo haria en aquel caso, y quál debia ser mi sorpresa. En efecto, son tan extraordinarios estos sucesos que sobrepujan á los mas que leemos en muchas novelas; pero creed, hijos mios, que no hay en esto nada de novela; y que nada hay que extrañar quando sucede lo que es posible que suceda.

Ya me habia formado un sis-

tema de docilidad, que pensaba seguir con la mayor exâctitud, aunque me sucediese quanto pudiera sucederme; y era forzoso hacerlo así, porque de lo contrario me exponia á perder el juicio. Recogí pues todo quanto se me regalaba con tanta liberalidad, y no traté de hacer nuevos ésfuerzos para conocer á quien me hacia tantos beneficios. El me dexaba á lo ménos libertad para ir adonde quisiera; y la misma tarde salí para Tours, diciendo para mí: verémos si me sigue á todas partes. Al dia siguiente, á cosa de las quatro, llegué á esta ciudad,

en la que al instante dí con la casa de mi amigo. Era este uno de mis antiguos compañeros en mis extravíos, que desengañado de los placeres frívolos, vivia retirado en el seno de su familia. Me recibió muy bien; me presentó á su madre y su hermana, jóven muy bella, y me suplicó que me hospedára en su casa. No dudé en admitir el ofrecimiento, y no me pesó. Preguntóme qué motivos me conducian á aquel pais; y no me pareció conveniente participarle lo que me habia ocurrido despues de la muerte de mi padre. La singularidad de la conducta de mi

incógnito, el secreto con que se ocultaba, el reconocimiento que le debia, á pesar de lo mucho que me inquietaba, todo me obligaba al silencio. Le guardé, y solo contesté á mi amigo que viajaba por distraerme y para instruirme. Aprobó mi idea, y se empeñó en hacerme ver quantas curiosidades habia en aquella ciudad. Este es estilo de las gentes de provincia: todos alaban su pais como el mejor y mas agradable, y no perdonan la mas leve circunstancia que pueda confirmar su concepto: ¿Es esto ridiculez? no por cierto: es un efecto del amor patriótico; pues

se ven muy pocas gentes que no tengan particular inclinacion á los paises en que han nacido y pasado los mas floridos años de su vida. El jóven desde luego ama la casa de su padre, despues su calle, luego su pueblo, su provincia, y por fin el estado entero, cuyas leyes sigue, y en cuya felicidad se interesa. Así es como de la ternura que profesamos á una cabaña se deriva la que sentimos respecto de la nacion y dominios en que nacemos. Vuelvo á mi asunto.

Ya hacia mas de un mes que vivia en casa de mi amigo, sin

pensar en dexarle: pensaba mu-
chas veces en mi hombre invisi-
ble; y aunque alegre interiormen-
te de que me dexaba en paz, es-
taba algo picado de que no se
acordase de mí. Creí que ya me
habia abandonado; pero un dia
me entregáron una carta que lue-
go reconocí ser suya, y en ella
me decia lo siguiente: *Ya es
tiempo de que salgas de esta ciu-
dad: en Burdeos se mudará tu
situacion: parte quanto ántes á
este pueblo.*

No comprehendia lo que que-
ria decirme; pero resolví obede-
cerle, empeñado en exâminar en

qué pararian tan maravillosos accidentes, y decidido á manifestarle una absoluta docilidad, para que si algun dia me resultase qualquiera perjuicio, no se atribuyese á falta mia. Quise despedirme de mi amigo, pero no consintió en mi ausencia: exîgió que me detuviese ocho dias mas, y no me pareció que podia negarle esta satisfaccion. Pasamos pues estos ocho dias en varias diversiones; y yo no creia que mi condescendencia pudiese excitar la cólera de mi mentor. La víspera del dia en que yo debia ponerme en camino nos entretuvimos mi amigo y yo pes-

cando en un estanque que tenia á una legua de Tours. Volvimos á casa, y á la puerta encontramos á las señoras: la madre me dixo: Mr. de Lonchamps, ¿habeis encontrado á un anciano que os buscaba? — No señora: ni yo conozco á nadie en esta ciudad. — ¿Cómo puede ser? él ha dicho que es vuestro mas íntimo amigo, y que os ha visto nacer. — ¿Un anciano que me ha visto nacer? — Ciertamente: aquí os ha estado esperando mas de tres horas, pero cansado de tanto esperar, se ha ido hace muy pocos instantes. — ¿Qué me decís? — Siento que no le ha-

yais hallado, porque, segun decia, tenia que comunicaros cosas muy importantes: sin duda que os ama infinito: hemos hablado muy largo rato; y he sabido que vuestra madre ha experimentado muchas desgracias. — Sí señora: pero ¿no ha dicho dónde vive, ó dónde podré hallarlo? — No: al instante sale para Burdeos: ha dicho que allá os reunireis, y que los dos sereis muy felices: siento infinito que hayais tardado tanto, pues el hombre estaba impaciente por veros: su presencia es grave, y se conoce que algun pesar oculto le atormenta. — ¿Y no ha di-

cho cómo se llama? — Me parece que no... á lo ménos... no, no lo ha dicho, ni yo se lo he preguntado.

Yo estaba desesperado: maldecia mil veces la diversion que me habia impedido conocer á este hombre, que sin duda habia venido con intencion de descubrirse, pues me habia esperado tanto tiempo, y con tanta impaciencia: ¿podia ser mayor mi desgracia? En fin, dixe para mí, pues va á Burdeos, allí le veré, pues sin duda procurará buscarme. Pero si desea terminar mis inquietudes, ¿por qué no dice dónde nos reunirémos? ¿por

qué no hacemos juntos el viage? A todas partes me sigue, pues ¿por qué no viaja conmigo? sin duda quiere experimentar hasta dónde llega mi sufrimiento. Este hombre se complace en atormentarme: finge que me espera, y se va justamente al tiempo en que presume que he de volver: se divierte desesperándome, pero ¿qué provecho saca? ¿pueden tener sus acciones algun objeto racional? ve aquí lo que no comprehendo.

Antes de dexar á mis amigos, les participé la causa de mi turbacion, refiriéndoles la extraña conducta del anciano que se presentó en su

casa. Quedáron atónitos; y despues de haber hablado largo rato sobre el asunto, concluyéron en que yo debia obedecer ciegamente á aquel hombre raro, de quien, al parecer, estaba pendiente mi destino, y que no queria descubrirme sus ideas. Mucho les interesó mi relacion, y sintieron que no les hubiese ántes confiado mi situacion; pues si la madre se hubiera hallado instruida, podria haber hecho mil preguntas al incógnito, y precisarle en cierto modo á explicarse; pero ya era tarde: lo conocí, y me propuse para en adelante instruir de mis sucesos á todas

las personas en cuyas casas me alojase, por si lograba penetrar tan singular misterio.

A la mañana siguiente salí para Burdeos, donde esperaba el fin de mis incertidumbres. Mi viage fué agradable hasta que me ví entre Niort y San Juan Angely, donde me sucedió un lance de los mas particulares.

Yo habia mudado caballos en la posta de Beauvoix; pero me los dieron tan malos, que casi me habria sido mejor caminar á pie las dos postas que restaban hasta Loulay, donde debia hacer nueva remuda. Advertí que la silla cami-

naba lentamente, y tomé el partido de dormir, y lo mismo hizo el postillon en el pescante, sin cuidar de aguijar los caballos, que eran tambien muy fatales.

A poco mas de media posta me desperté porque oí que me llamaban; extendí la vista, y advertí una silla de posta muy veloz, á unos treinta pasos delante de la mia, de modo que no podia ver á la persona que me llamaba: Lonchamps, Lonchamps, me dixo una voz; piensa en cumplir mis órdenes con la mayor escrupulosidad, y serás feliz. — ¿Quién sois? — Tu amigo, tu bienhechor,

el que nunca te abandonará. — ¡Cómo! vos sois el que... — Sí, yo soy; te seguiré á todas partes, dándote pruebas del interes que me han inspirado tus desgracias y las de tu madre. — Permitid que os vea. — Aun no es tiempo: vé á Burdeos, que allí estaré: harás quanto te diga, y veremos: ten paciencia, que con el tiempo lo alcanzarás todo. . . . .

Dicho esto, el postillon de mi incógnito latiguea sus caballos, y la silla, que estaba adelantada á la mia, desapareció. En vano rogué á mi postillon que acelerase la carrera, en vano le prometí regalarle

quanto quisiera, pues los pobres caballos estaban tan débiles y flacos, que fué imposible hacerlos correr. Ví pues partir á mi hombre sin poder seguirle; y no puedo ponderar el disgusto que me causó este contratiempo. Sin embargo me consolé imaginando que el incógnito mudaria caballos, como yo, en la primera posta; que allí gratificaria yo profusamente al nuevo postillon para que pusiese en mi silla los mas fuertes y veloces, y que por este medio podria yo alcanzar á mi invisible ántes de llegar á Burdeos.

Llegué á Loulay, y pregunté

si un anciano habia mudado caballos: dixéronme que sí; pero que hacia mas de media hora que habia salido. Tomé excelentes caballos, y corrí hasta San Juan de Angely, donde supe que aun me precedia el mismo sugeto. No desmayé, y llegué á San Hilario de Villafranca, de allí á Saintes, á Lafard, Pons y otros lugares, sin poder alcanzar á mi hombre. Picóme esto en gran manera, pues habiendo volado mi silla no podia alcanzar la que iba delante. No importa, dixe; puede ser que le alcance ántes de llegar á Burdeos, llevando siempre el mismo paso. Dió-

me nuevas fuerzas esta esperanza, que quedó destruida en la posta de Damet, á nueve leguas de Burdeos. Allí supe que no habia llegado anciano alguno, ni persona de suposicion. Pues ¿qué se ha hecho? dixe: ¿habrá tomado otro camino? ¡Si supiese quál!.... Habrá presumido que le seguiria: á todo correr: no hay arbitrio: continuémos hasta Burdeos, y verémos allí qué semblante toma el asunto.

A cosa de las dos del dia siguiente llegué á Burdeos: no quise alojarme en posada muy concurrida, para que mi hombre tu-

viese mas trabajo en descubrirme, y sus diligencias tal vez pudieran manifestarle. Me apee en una casa pequeña, situada en una calle muy larga, y separada del centro de la ciudad: á mas de esto resolví no salir en algunos dias, para no darme á conocer, y hacer mas dificiles las investigaciones de mi argos. Pero parecia que algun espíritu maléfico le participaba hasta la mas mínima de mis acciones. Hacia quatro dias que estaba en Burdeos, y ya me reia interiormente de haberme substraído á toda pesquisa, quando mi huéspeda, hallándome solo, me

dixo: quatro dias ha que estoy preguntando á quantos hay en casa, y hasta ahora no habia pensado en informarme de vos: decidme, ¿sois vos el que ha encontrado en el camino de San Juan de Angely á un viajante que. . .— Sí, sí; yo soy; adelante. — Mirad lo que asegurais, porque me han encargado el secreto. — Vuelvo á deciros que yo soy... — ¿El que llevaba tan malos caballos? — Sí, sí, y mil veces sí; prosseguid por Dios. — Me alegro de saberlo: ¡lo deseaba tanto! pero ahora ya es muy tarde para... — Por favor, señora, vamos al asun-

to. — Vamos en buen hora. El dia pues que llegasteis aquí se me presentó un hombre respetable, y me dixo: en vuestra casa teneis un hombre á quien he hallado en tal parage; os ruego le digais que le espero á la noche en el café del Aguila, y que no dexe de venir. — ¿ Os ha dicho su nombre ?— No me ha ocurrido el preguntárselo. — Pues esto es lo mismo que si no hubiera venido; pero si vuelve procurad entretenerle, y con todo sigilo enviad á buscarme con algun criado. Fuése la huéspeda, y yo quedé metido en nuevas confusiones. ¿Có-

mo, desde el primer dia, me ha descubierto este hombre? es preciso que tenga algun espia que me sigue continuamente: ¡me esperaba en un café, y no lo he sabido! pues yo iré todos los dias á ese café, observaré á todos, y si alguno me habla procuraré reconocer la voz; bien presente la tengo, porque me hizo mucha impresion.

Al momento fuí al café indicado: registré las fisonomías de todos los concurrentes; dirigí algunas preguntas vagas á los que me inspiraban sospechas, y me contestaron baxo el mismo tono;

pero no reconocí la voz que deseaba. Sin duda que aun no habia llegado al incógnito: pasé allí todo el dia, y volví á mi posada sin haber adelantado cosa alguna. Los dos dias siguientes hice lo mismo, y todo fué inútil: en fin, al dia inmediato encontré tanta gente en el café que no pude penetrar hasta el fondo. Advertí sin embargo que la ama de la casa me miraba con mucha atencion: me acerqué á ella, y me dixo: ¿esperais á algun caballero? — Sí señora. — ¿Un hombre bastante alto, y como de unos sesenta años? — Sí señora. — El tam-

bien os esperaba. — ¿Y qué? — Ciertamente estabais ciego: ha pasado junto á vos: ¿no le habeis visto? si habeis tropezado con él. — ¿Cómo? — Justamente entraba quando vos saliais: tres dias ha estado sin venir; pero esta misma mañana me ha dicho que esperaba á un sugeto, y sin duda sois vos. — ¿De qué lo inferis? — Entiendo bastante de fisonomías: ¡la costumbre de ver tantas gentes! apostaria á que el tal hombre es vuestro padre. — ¿Mi padre? — O tio vuestro. — ¿Por qué? — Porque os pareceis tanto: todas las facciones son

idénticas: es imposible ver dos figuras tan parecidas, sin mediar un estrecho parentesco. — ? Y no os ha dicho ?... — Nada: no sé ni su estado, ni su nombre, ni el vuestro, solo sé que espera aquí á un sugeto.

¡Qué rayo de luz para mí! El hombre invisible tiene facciones parecidas á las mias: ¿si será algun pariente? ... ¿seria yo fruto de un amor ilegítimo? El anciano que espiró entre mis brazos tal vez podia ser un mero ocultador... no lo puedo creer... pero este incógnito ¡es tan parecido á mí! me ha dado el retrato

de mi madre, y sabe sus desgracias... ¿Será mi padre? En efecto, solo un padre es capaz de seguirme, velar sobre mí, y llenarme de beneficios con tanta constancia; pero ¿por qué se ocúlta de mí? tendrá sin duda algunas poderosas razónes para no descubrirse todavía. Pero mi huéspeda de París, y mis amigos de Chartres que le han visto, ¿cómo no me han dicho nada acerca de la semejanza que tanto ha maravillado á la ama de este café?

Abrevio, hijos mios, las reflexîones que hice entónces, y que vosotros mismos podeis hacer si

os ponéis por un momento en mi lugar. Continué despues de este acontecimiento en ir al café todos los dias; pero mi hombre no volvió, por lo que dexé esta concurrencia, volviendo á permanecer en mi habitacion; y así como él, al parecer, se complacia en atormentarme, yo tambien me empeñaba en hacer todo lo posible para desbaratar sus proyectos; y para lograrlo mejor, en el espacio de tres meses, tomé tres diferentes hospedages. Con todo cuidado los elegí en barrios muy distantes entre sí, y no volví á hablar de mi incógnito. Resolví tambien salir de

Burdeos, trasladarme á Bayona, de allí á Tarbes, y correr un poco el pais. Veremos, dixe, si mi sombra me sigue allí tambien.

Salí, pues, en posta: nada particular me sucedió hasta Castels, donde mudan caballos; allí encontré unos trabajadores, que con la mayor diligencia componian una silla de posta que se habia roto. Aunque ya hacia dos meses que me dexaba en paz mi invisible, no sé qué presentimiento me dixo que podria ser suya aquella silla, y por tanto, á pretexto de interesarme en aquel caso, pregunté con disimulo, de quién era la silla,

y quántos los viajantes que iban en ella. Respondiéronme, que solo uno iba dentro. — ¿Anciano? — Como de unos sesenta años. — ¿Parecido á mí? — Sí señor; y tanto, que á ser de igual edad, sería dificil distinguiros. — ¿Dónde está, dónde está? — ¿Le conoceis? — ¿Si le conozco? es mi mayor amigo. — Pues le hallareis en aquel gran jardin que se vé allá baxo... ¿Veis aquella casa grande? Está de venta; se lo hemos dicho á ese sugeto, y ha ido á exâminarla miéntras componemos su silla. ¡Oh! pues esta vez, dixe, corriendo al sitio indicado, no se me

escapará ; pues sea en la casa ó en el jardin, por fuerza he de hallarle.

Corrí quanto podia ; me hice abrir la puerta de la casa ; pregunté si habia entrado en ella un caminante ; me dixeron que estaba en el laberinto del jardin, y volé hácia él... ¿Creeis que logré mi objeto? Nada ménos, y aun va á aumentarse vuestra admiracion. Habia en este inmenso jardin un laberinto tan intrincado y tortuoso como el de Creta : tanto me interné en él, que al fin me perdí. Despues de haberle recorrido en vano, quise salir, persua-

dido á que mi hombre ya no estaba en él; pero me fué imposible dar con la salida. Sudaba de tanto andar, y quanto mas corria, mas me enredaba en esta admirable obra del arte y de la naturaleza: ¿qué haré? Me habian dado una guia, pero el deseo de hallar mi objeto, me habia obligado á separarme: ¡qué incertidumbre! Si llamo á mi bienhechor, sabrá donde estoy, y sin duda procurará ocultarse: mejor es ver si le hallo dentro del jardin; ¿pero cómo he de salir á él?

En estas confusiones estaba sumergido, quando muy cerca de mí

oí cantar, y reconocí la voz de hombre que me habia hablado en el camino de San Juan de Angely. Estaba cerca de mí, y no podia dar con él, pues las vueltas y rodeos del laberinto me lo impedian. Al fin me puse á escuchar lo que cantaba, para continuar despues mis diligencias, y oí los siguientes versos:

ROMANCE.

Dulce regalada prenda
del mas puro y tierno amor,
¿por qué no puedo abrazarte
con todo mi corazon?
El darte vida, la suya
á tu madre la costó;
que no perdona la muerte
á la hermosura mayor.
Naciste infeliz á ser
fundamento del rencor,
y la cruenta venganza
en la cuna te buscó.
Yo te recibí en mis brazos,
llanto vertí de dolor

al considerarte objeto
de aborrecimiento atroz.
Contra la envidia y el ódio
la piedad te defendió;
y hoy disfrutas de la vida
sin conocer á su autor.
Toda es enigma tu suerte;
todo tú eres confusion;
pero con paciencia el tiempo
¿qué misterios no aclaró?
Sufre, padece, tolera,
no desmaye tu valor;
que mañana será dicha
lo que sentimiento es hoy.

Este romance me hizo llorar, porque me tocaba muy de cerca,

pues yo era sin duda su objeto, y por consiguiente quien al nacer habia causado la muerte de mi madre. Aquel hombre sabia todas las desgracias de mi familia, y me las dexaba ignorar. Así que acabó el romance me aventuré á dirigirle estas palabras: Hombre sensible, pero bárbaro, por compasion permite que te vea; dexa que me precipite en tus brazos: te burlas de mi dolor, y éste me conducirá al sepulcro. Déxame darte el dulce nombre de padre, pues te acreditas de tal para conmigo en todas tus acciones.

Me puse á escuchar si me respondian, pero á mis voces sucedió un absoluto silencio. Entónces desbaraté los enlazados arbustos que formaban las calles, salté por encima de otras, corrí, exâminé, inquirí, pero á nadie hallé. Mi impaciencia crecia con el tiempo que malograba. Conocí que el invisible podia huir de mí, miéntras me ocupaba en hallar salida, y no podia encontrarla. Al fin agoviado de trabajo y de impaciencia, el guia, que habia perdido, me halló en tan intrincado seno: me conduxo á la casa; pregunté, qué era del viajante que

buscaba, y me respondiéron, que habia gran rato que se habia ido. Corrí á la posta á ver si allí le encontraba, pero habia marchado en su silla que ya habian compuesto. Así acabó mi esperanza, y se renováron mis disgustos.

¿Qué os diré amigos mios? diez años ha que viajo de este modo; diez años ha que este hombre me sigue por todos los pueblos de la Francia (de la que no quiere que salga) sin que jamas haya logrado verle. Nunca he podido adivinar la misteriosa causa de su extraordinaria conducta. No me dexa carecer de cosa alguna; me

llena de dinero y regalos; vela sobre mis mas leves acciones; en sus cartas me habla muchas veces de mi madre, de mi nacimiento, y de los secretos que sabré algun dia. Aquí mismo ántes de ayer recibí carta suya, en que me dice, que vaya á París, que allí me verá, y tendrá fin la vida errante que llevo. Esto me prómete, y esta esperanza sostiene mi ánimo: porque en verdad, hijos mios, ¿puede haber vida mas extraordinaria que la mia? parece una novela: se hace increible, y es ciertísima. Habeis deseado saber mis aventuras, y os he dicho todo

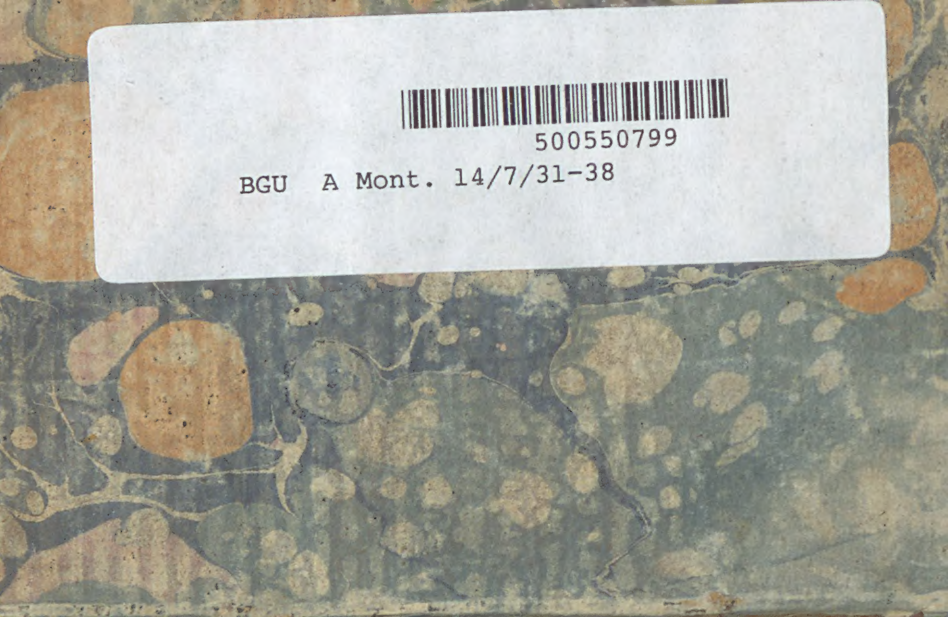
quanto sé de mí mismo. Mañana me ausento, y segun creo, para ser feliz. Yo volveré, amigos, yo volveré quando se haya declarado mi suerte, á contaros quanto sepa de nuevo. Os explicaré todo este enigma, quando mi paciencia alcance el premio prometido, y vuestra curiosidad quedará satisfecha.

Así habló Mr. Lonchamps; y los niños, que apénas podian recobrarse de la admiracion que les habia causado su historia, le manifestáron el deseo que tenian de verle feliz, y le suplicáron no dexase de volver á participarles quan-

to le ocurriera. Lo mismo le ro-gó Palemon; y esta tarde se aca-bó reflexîonando sobre los capri-chos de la suerte, y la variedad de los destinos de los hombres.







TARDES DE LA GRANJA


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm